



Justo S. Alarcón

La presencia histórica del hispano en Estados Unidos Don Bernardo de Gálvez

Índice

	Introducción
	Una ojeada panorámica
	- I -
histórica	Los hispanos en Estados Unidos: su razón de ser
	- II -
	La familia Gálvez: cuatro distinguidos hermanos
	- III -
	Don Bernardo de Gálvez: educación militar y primera intervención en la frontera México-norteamericana
	- IV -
	Don Bernardo de Gálvez: hacia la gobernación de La Gran Luisiana
	- V -
	El gobernador don Bernardo de Gálvez: primeras campañas militares en La Luisiana
	- VI -
	Don Bernardo de Gálvez: entre batallas
	- VII -
	Don Bernardo Gálvez: Marcha marcial para reconquistar Mobile
	- VIII -

- Don Bernardo de Gálvez: preparativos para el asalto a Pensacola
- IX -
- Don Bernardo Gálvez: el asalto a Pensacola
- X -
- Don Bernardo de Gálvez: últimos nombramientos e inesperada muerte

Introducción

Una ojeada panorámica

Este primer y breve ensayo será simplemente un perfil de lo que podría haber sido un proyecto de investigación a largo metraje. Se trata, pues, de presentar sucintamente una visión esquematizada sobre la importancia que ha tenido el hispano y todo lo hispánico en el desarrollo de la historia de Estados Unidos a través de más de cuatrocientos años. Se impondría asimismo, además de un estudio del pasado y del presente, una proyección hacia un futuro, a corto o largo plazo, de lo que será el hispano y lo hispánico en este país. Parafraseando a don José Ortega y Gasset, podríamos decir que «quizás el verdadero profeta no sea el que intuye el futuro, sino el que indaga en el pasado», refiriéndose con ello al hecho de que en el desarrollo de la historia hubo y hay ciertos eventos y factores tan determinantes que se convierten en parámetros y rieles sobre los que se encarrilan los futuros eventos.

No cabe duda de que en este país la existencia de la lengua española y la de unos veinte millones de hispanos es un hecho indiscutible. Este doble fenómeno del pasado y del presente, y que continuará en movimiento creciente en el porvenir, no podría explicarse solamente con decir que «en los últimos años ha habido una oleada de inmigración, legal o ilegal, a Estados Unidos procedente de países de habla hispana por razones políticas, económicas, etc.». Ciertamente, pero es que la presencia hispana aquí tiene también otros antecedentes muy lejanos y muy diferentes a otros pueblos y a otras razas que coexisten en esta nación, y que hay que explicar de manera muy distinta a la generalmente proyectada.

Con el nacimiento y la expansión del imperio español, digamos a partir de 1492, España se lanzó al exterior con un ardor característico de los caballeros andantes y de los místicos. Consigo llevaban lo que caracterizaba en aquel tiempo a la Edad Media, al Renacimiento y, posteriormente, al Barroco. Las épicas y el misticismo acompañaban a estos intrépidos guerreros y misioneros. La Cruz y la Espada fueron los dos

grandes símbolos de la doble conquista que se llevó a cabo.

Esta aventura gigantesca se periodiza en tres momentos históricos progresivos: el descubrimiento, la exploración y la colonización. No hay que olvidar que tanto el sureste y como todo el sur y el suroeste de lo que hoy es Estados Unidos se consideraba entonces, y habrá que considerarlo ahora, como «la periferia» del antiguo imperio español en Las Américas. Los centros de máxima actividad se hallaban en las sedes de los dos virreinos más importantes de aquella época, entre ellos el de México. De esos centros radiaba la autoridad y la larga cadena de las colonias. El suroeste, por ejemplo, distaba mucho de la capital mexicana, sede el Virreinato de México. Por tanto, la fuerza que irradiaba del centro se iba perdiendo y debilitando poco a poco, a medida que se abrían las distancias. Nos referimos, claro está, al sureste y al suroeste de lo que hoy es Estados Unidos.

El primer descubridor europeo oficial de Estados Unidos, don Juan Ponce de León, salió de Puerto Rico hacia la Florida en 1513. Esto ocurrió seis años antes de que Hernán Cortés entrara en México (1519), y ciento siete años antes de que la embarcación inglesa Mayflower anclara en la Nueva Inglaterra (1620). A partir de ese año, cientos y miles de descubridores, exploradores y colonizadores hispanos visitaron y/o se quedaron por estas tierras estadounidenses.

Son numerosas las épicas y las gestas llevadas a cabo por estas tierras durante más de trescientos años, desde Ponce de León en 1513 hasta 1848, cuando, con el Tratado de Guadalupe Hidalgo, México tuvo que ceder todo el territorio de lo que hoy es el suroeste de Estados Unidos. No hay más que pensar en Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1528) que, con sus compañeros, cruzó durante ocho años y medio casi todo el sur y el suroeste de Estados Unidos, asimilándose y aculturándose a los «naturales». Vázquez de Coronado (1540) que, con su numeroso séquito, exploró el Gran Cañón y viajó hasta Quivira, Kansas. Fray Marcos de Niza (1539) que, ya septuagenario, desde la capital mexicana cruzó con Estebanico los desiertos de Sinaloa, Sonora, Arizona y Nuevo México en busca de las siete ciudades de Cíbola. Don Juan de Oñate que, con gran número de gente y acopio de toda clase de ganado y semillas, salió de Guadalajara encaminándose hacia El Norte, cruzando El Paso del Norte (1589), y adentrándose hasta llegar a Nuevo México. Don Juan Bautista de Anza, sonoreense de nacimiento y residente en Tubac, Arizona, que con unas veinte familias salió de la capital mexicana atravesando desiertos y subiendo por las escarpadas Montañas Rocosas para comenzar la construcción de la ciudad de San Francisco (1775). Fray Junípero Serra, el gran misionero que, además de fundar un rosario de misiones a lo largo de la Alta California, comenzadas en 1767, abrió el famoso Camino Real de dicho estado. Éstos y otros muchos emprendedores echaron las bases de la exploración y el fundamento de la colonización hispana que perduraría a través de los años y de los siglos en este país. La presencia hispánica de esta primera época fue, pues, larga, duradera y profunda.

Estos puntales históricos son muy importantes porque, a causa de su falta de conocimiento por parte de la ciudadanía de esta nación, se originan muchos malentendidos y estereotipos procedentes de la presente cultura dominante. Expresándolo en palabras que reflejan la evidencia

histórico-cultural en forma más clara y nítida, podría decirse que el hispano, aunque cruza la frontera hoy día pidiendo trabajo humildemente, en realidad vuelve a un territorio que le perteneció y pertenecía jurídica, política, geográfica, económica y culturalmente por más de trescientos años (1513-1848). No ocurrió así con el resto de los múltiples grupos de inmigrantes venidos a este país. Parentéticamente, y para aclarar posibles malentendidos en los lectores, será necesario decir aquí que en este pequeño ensayo, como el título mismo indica, no es nuestro propósito hablar de la historia y de las muchas contribuciones de otros grupos y de otras «minorías» radicadas en Estados Unidos, en particular de la nativa. Hecha esta aclaración parentética, podemos ya continuar con nuestra dilucidación histórico-cultural.

La organización social hispana en esos tiempos lejanos, y no tan lejanos, comenzó a florecer bajo dos sistemas diferentes, si bien complementarios: las misiones y las villas o ciudades. Las primeras, dirigidas exclusivamente por religiosos jesuitas y franciscanos, tenían como objeto primordial el bien espiritual y económico de los «naturales» o nativos. Alrededor del convento y de la iglesia se desarrollaron huertas y ranchos en donde se cosechaban hortalizas y se criaban gran variedad de ganados que los mismos misioneros traían de México, y que eran desconocidos en estas regiones. También se daban clases a los niños no sólo de religión, sino también de lenguas, lectura, artesanía, música, etc. Los adultos, tanto hombres como mujeres, asimismo recibían, entre otras, clases de artesanía y agricultura, cocina y bordado, respectivamente. Pero quizás lo más importante fue la enseñanza por parte de los misioneros y el aprendizaje por parte de los indios sobre los nuevos métodos de siembra, regadío y recolección de productos agrícolas, que eran ajenos a estas regiones. Lo mismo se puede decir de los nuevos métodos de cría de animales domésticos, nunca vistos antes. Todo esto contribuía a que los «naturales» tuvieran una dieta o régimen alimenticio más variado y una autosuficiencia económica mayor.

El segundo sistema de organización, o sea, el civil, comenzó un poco más tarde que el de las misiones, y fue eminentemente socio-político. Empiezan a construirse ciudades. Como se puede constatar históricamente, se echó cimiento a una cadena de pequeñas ciudades desde la Florida hasta California: San Agustín; la reconstrucción de Nueva Orleans; Galveston (en honor a don Bernardo de Gálvez); Santa Fe; San Antonio (en honor a don Antonio de Valero); Alburquerque (en honor al marqués de Alburquerque); Los Ángeles; San Francisco, y otras muchas ciudades de menor importancia esparcidas a lo largo de estos extensos territorios.

A partir de lo someramente dicho hasta aquí, las preguntas afloran. ¿Qué le pasó al hispano de la Gran Florida? ¿Qué le ocurrió a la Gran Luisiana? Y ¿qué fue de Texas y del resto del suroeste hispánico? Para los estudiosos de la historia -y no precisamente para el gran público- son bien conocidos los tratados firmados entre España y Estados Unidos (pérdida para España de la Gran Florida), entre Francia y Estados Unidos (pérdida indirecta para España de la Gran Luisiana), entre México y Estados Unidos (pérdida para México de todo el Suroeste). Sin entrar en detalles, la explicación global y radical recae en/y es debido a tres vertientes: por una parte, a que el Destino Manifiesto angloamericano

inspiró al naciente imperio a que se extendiera del Atlántico al Pacífico y de norte a sur. Por otra parte, también fue debido a la decadencia y agotamiento del viejo imperio español. Y, por fin, a la desorganización y debilidad de la recién independiente colonia mexicana.

A partir, pues, de 1848, aunque la mayor parte de los hispanos se quedó a vivir en estos mismos territorios -bajo una nueva hegemonía, ciertamente- tanto la vida religiosa como la civil cambiaron de manos y de estilo. De un lado, la Iglesia católica (angloamericana) se acaparó de las misiones y de las parroquias hispanas y, de otro, la vida social, económica y política pasó del régimen establecido por los muchos gobernadores hispanos al poder del angloamericano. Si nos fijamos en California, para mostrar solamente un ejemplo, notamos un fenómeno sumamente interesante. Desde 1767 hasta 1848 (= 81 años) hubo 15 gobernadores hispanos. Después de este período, que sepamos, no volvió a haber ni un solo gobernador de nombre hispano. La pregunta que se presenta de inmediato es la siguiente: ¿por qué? La respuesta simple y sencilla es: porque México perdió y Estados Unidos ganó. Pero es que esta respuesta no satisface completamente. Luego seguimos: ¿es que los hispanos de California, pongamos por ejemplo, no eran ni podían ser ya dirigentes buenos y capaces o verdaderos ciudadanos en el país de los nuevos conquistadores? Sí, lo eran. Luego, ¿por qué si antes California había tenido quince gobernadores hispanos, ahora, después de ciento cincuenta años, no pudieron tener ni uno solo? Respuesta general: es que el hispano -en su propio territorio, pero que ahora pasó a ser ciudadano de otro país nuevamente constituido- no encajaba en la nueva cultura dominante y hegemónica.

Lo que sigue, a partir de 1848, es ya «otra historia». Una historia de «ciudadanía de segunda» clase. El hispano de este «segundo capítulo histórico» tiene una vivencia precaria, es decir, simplemente existe. No tiene el liderazgo político ni el poder económico para determinar, dirigir y controlar, ni siquiera a corto plazo, el futuro y destino de este país ni el propio, como entidad cultural destacable y respetable. Aunque hubo, y también hay, algunos nombres distinguidos e influyentes, éstos no fueron ni son suficientes en cantidad ni en calidad para imprimir una dirección clara y una marca indeleble hispanas para que la masa seguidora pudiera y pueda influir, configurar y transformar substancialmente la cultura dominante. Pero para poder analizar y explicar este fenómeno, que hemos denominado como «el segundo capítulo histórico» del hispano, se necesitaría un estudio largo y serio, lo cual nos está vedado aquí, por falta de espacio.

Para concluir, y lanzando una mirada hacia el futuro un tanto lejano, quisiéramos terminar este breve ensayo con la fórmula de don José Ortega y Gasset que habíamos parafraseado al encabezar nuestro ensayo: «quizás el verdadero profeta no sea el que intuye el futuro, sino el que indaga en el pasado». Y bien, el pasado del hispano (1513-1848), como nos dice la historia, fue un pasado más bien glorioso. El presente, que se está convirtiendo rápidamente en otro segundo pasado no tan lejano (1848-2000), se podría caracterizar por un período de mera sobrevivencia, o de simple existencia. ¿Qué nos espera para el futuro, el «tercer capítulo histórico» que corresponderá al tercer centenario de este país? Para poder «profetizar» el futuro del hispano, es necesario partir de una conciencia

clara del pasado (1513-1848) y del presente, que se extiende hacia atrás, hasta 1848. Si consideráramos sola y exclusivamente lo que va de 1848 hasta nuestros días, el futuro a largo plazo del hispano no se ve muy halagüeño. Pero si mezclamos e integramos los «dos capítulos históricos» mencionados hasta aquí (1513-1848 y 1848-2000), la argamasa del crisol cultural resultante será una riqueza imperecedera para el tercer centenario de este país.

El ingrediente más fuerte que se viene perfilando desde hace un cuarto de siglo es el demográfico. El ciudadano de cultura y origen hispánicos está creciendo en una proporción mucho mayor que la del grupo dominante. Este crecimiento es, a la vez, inquietante y esperanzador. «Inquietante» para la cultura dominante, y «esperanzador» para el futuro del hispano. Este porvenir, que pudiera ser halagüeño para el hispano, viene nublado, sin embargo, por un velo gris. Es que la creciente cantidad demográfica, sin la calidad de un elevado espíritu soñador y de una cultura fuerte y bien fundamentada, no basta. Es necesario también una base de tipo polivalente compuesto de un desarrollo económico, político, pedagógico y valorativo paralelo y concomitante al fenómeno demográfico. Pero esto todavía no aparece nítidamente delineado en el horizonte.

- I -

Los hispanos en Estados Unidos: su razón de ser histórica

Éste es el primero de varios segmentos breves que aparecerán en las futuras páginas de Culturadoor, siguiendo el hilo del tema comenzado en el número 19 de esta misma publicación. En el presente corto ensayo volveremos a hacer hincapié en la historicidad y razón de ser del pueblo hispano en Estados Unidos. En el segundo, rastreamos el origen y las contribuciones de la familia Gálvez al hemisferio norte de Las Américas y nuestras lejanas raíces hispanas en estas regiones. A partir del tercer ensayo, nos concentraremos en la prominente figura histórica, entre otras muchas que pudiéramos destacar, de don Bernardo, último vástago de la famosa familia Gálvez, tan influyente en los destinos históricos no sólo del norte de México, sino incluso de Estados Unidos. Esperamos que nuestros lectores, con paciencia y beneplácito, sigan paso a paso el desarrollo de algunos de los innumerables acontecimientos hispánicos acaecidos durante el siglo XVIII por estas tierras.

Para el número 19 de Culturadoor (diciembre, 1996) hemos escrito una semblanza intitulada: «Lo hispano en Estados Unidos». Nuestro intento fue entonces, como lo es ahora, el de divulgar no sólo las «contribuciones»

que los hispanos -sea bajo la hegemonía de España, el Virreinato de México o el México independiente- hicieron a Estados Unidos durante más de cuatrocientos años, sino también enfatizar el hecho de que, durante ese tiempo, más de la mitad de lo que hoy es Estados Unidos fue territorio del pueblo hispano. Una vez establecidas claramente estas bases y parámetros históricos, ya podemos comenzar a sacar conclusiones para el presente y poder vislumbrar, aunque sea solamente en parte, su futuro.

Alguien se preguntará, quizás con cierta razón, ¿y a qué viene esto, a estas horas? ¿Qué es lo que se pretende dilucidar? No se nos escapan los pareceres divergentes de muchos lectores sobre éste, como sobre otros temas históricos. Durante muchos años, y en circunstancias diversas, nos hemos hecho muchas preguntas sobre la validez del pasado: si es necesario o no retroceder al tiempo pretérito para poder vivir, con éxito o sin él, el tiempo presente. Nos hemos encontrado repetidamente con personas que abogan por ambos extremos: «hay que vivir el presente, que es lo único que importa», por un lado, o «el presente no tiene ningún significado si no se tiene en cuenta el pasado», por otro. Para todo hay gustos. Pero no cabe duda -y se pudieran aducir ejemplos en abundancia para el caso- que, aunque el presente es para vivirlo intensamente, eso no quiere decir que se pueda vivir por sí solo y plenamente en una sociedad civilizada y eminentemente culta. Un presente que no se refiera o pueda referirse a un pasado progenitor de ese mismo presente, no tendría sentido.

La ignorancia histórica por parte de un grupo social dado es un obstáculo para que los miembros integrantes de ese grupo tengan una brújula con qué orientarse hacia un futuro justificable, halagüeño y prometedor. Ni esta ausencia de conocimiento histórico tampoco puede justificar un presente halagador. Son varias las razones que apoyan estas simples afirmaciones. Por una parte, el presente no tendría razón de ser si no estuviera enérgicamente enraizado en/y activado por un pasado que, en términos cronológicos, ya se fue y un futuro que, también en términos cronológicos, todavía no llegó. Sería conveniente aclarar que, si bien cronológicamente, el pasado dejó de existir y el futuro todavía no existe, desde el punto de vista «vital», sin embargo, ambos están «presentes» en el presente. Como diría Martin Heidegger, y antes que él Ortega y Gasset, «el presente es un futuro sido», incluyendo con ello a esos dos polos extremos que activan dicho presente. Pero es que la actividad humana, a diferencia de la del animal, como diría Friedrich Hegel, es precisamente la de «hacer(se) historia». El ser humano no está conforme, como otros bípedos o cuadrúpedos, con simplemente «repetir» incesantemente, guiados ciega y exclusivamente por el instinto, lo mismo que han hecho por miles de años esos mismos seres irracionales. El ser humano, racional y libre, no está contento con ser lo que es, ni quién es: tiene que anhelar ser «otro» de lo que es en el presente y de lo que fue en el pasado. De este modo, y por medio de este vaivén, se hace su futuro. Y en este proceso de hacerse el futuro, a partir del pasado, se vive el presente.

Si bien esto parece sonar a filosofía, sí lo es, tanto esencialista como existencialista. Pero las mismas consideraciones se pueden hacer si, progresivamente, descendemos o bajamos estos conceptos abstractos al nivel cultural, social y personal de un grupo social dado. Más en concreto, con este simple encuadre abstracto nos estamos refiriendo en particular a la

situación peculiar del hispano en Estados Unidos, sea ésa social, pedagógica, económica, política o cultural. En pocas palabras, el hispano en este país, hasta 1848 (Tratado de Guadalupe Hidalgo), gozaba de una «historia activa» y, a partir de la pérdida de este inmenso territorio, que era suyo, se convirtió, de algún modo, en «historia pasiva», o sea, un presente supeditado a un pasado que, aunque fue suyo, de algún modo ya no es plenamente el suyo, sino el de otros.

Ya habíamos rastreado en el número 19 de esta misma publicación -como indicábamos antes- los grandes territorios descubiertos, explorados y colonizados por los hispanos en este país a través de cuatro largos siglos. En forma vertical, desde la península de El Labrador, situada al nordeste del Canadá (Fernández Labrador, 1495), bajando por toda la costa oriental hasta La Florida (Juan Ponce de León, 1513) y desde Alaska (Juan Pérez, 1774; Bruno de Ezeta, 1775; Ignacio Arteaga, 1779), bajando por la costa occidental, hasta San Diego (antiguo San Miguel, 1542). Y, en forma horizontal, desde San Agustín (1565), en la Florida, hasta el actual San Diego (1602), en California.

Otro hecho inquietante, por problemático, es el de la uniformidad de «lo hispano» o de los grupos hispanos en este país. Sabemos que los tres grupos de hispanos más numerosos y fuertes dentro del actual Estados Unidos son los de origen mexicano (suroeste, sobre todo), los de origen cubano (sureste, sobre todo) y los puertorriqueños (este, sobre todo).

Pero es que ya no podemos hablar categóricamente en estos términos. Hay otros grupos de inmigrantes, más bien recientes, y también hispanos, que vienen a añadirse al grupo llamado genéricamente «hispano», incrementándolo.

Tenemos entonces, dentro del término genérico y amparador de «hispano», un sinnúmero de variedades o variaciones específicas. Si es que nos vemos en la obligación de buscar un algo que nos distinga de los otros muchos grupos biológico-culturales no hispanos, tenemos que buscar un denominador común que nos sirva de cuadro referencial. Este encuadre es precisamente lo de «hispano», o la «hispanidad». Y, para poder hacer esto, no tenemos otro remedio que acudir al pasado, es decir, a «la historia». La Historia, a través de sus múltiples turbulencias de ajustes y reajustes de mestizaje biológico y cultural, ha producido un ser histórico nuevo y, por eso mismo, complejo, que no existía antes y al cual hubo que buscarle un término distintivo y diferenciador del que -o de los que- lo produjeron. Parece ser que el término más apropiado fue y es el de «hispano».

Interesante -casi irónico- sería hacer notar que, para buscar este denominador común, o fuerza aglutinante para el presente y un posible futuro dentro de Estados Unidos, tengamos que recurrir aquí al pasado histórico lejano del imperio español. Parece ser que la totalidad resultante de ese aglutinante, especialmente la de varias formas de mestizaje biológico y cultural, sea ahora la que nos dé la pauta que reúna a la presente hispanidad o «raza», bajo sus múltiples y variadas manifestaciones: chicanos, boricuas, cubanos, centro y suramericanos y españoles, sin excluir a filipinos y otros matices del arco iris

hispanico.

Creímos que era conveniente presentar estas semblanzas, más bien abstractas -que encajan bien en uno de los lemas que se propuso

Culturador desde un principio, el de la «reflexión»- como contexto general de un tema que trataremos de desarrollar en una serie de breves ensayos que aparecerán en números subsecuentes de la presente publicación. El dicho tema es el de la familia Gálvez.

Como colofón a esta breve exposición preambular, correremos un poco la cortina para dejar entrever la temática a que acabamos de aludir. La familia Gálvez vivió y desarrolló su múltiple e imperecedera influencia durante el siglo XVIII, en concreto bajo el reinado de Carlos III. Constó de cuatro hermanos: Miguel, Antonio, Matías y José. Todos ellos muy famosos, sobre todo los dos últimos, por poderlos identificar fácilmente, por un lado, con el Virreinato de México y, en particular para nuestro caso, con la Nueva Vizcaya y Sonora. Por otro lado, tenemos que asociarlos también con Estados Unidos, especialmente con La Luisiana y La Florida, y, más en concreto todavía, con la guerra de la Independencia de este país (1776-1781).

Pero nuestra concentración recaerá, en particular y más adelante, sobre el hijo de don Matías de Gálvez -Virrey de México- y sobrino de don José de Gálvez -Visitador extraordinario del Virreinato de México y, posteriormente, Ministro Plenipotenciario de las Indias-: don Bernardo de Gálvez (1746-1786), que, durante su corta vida de adulto, desempeñó muchos cargos importantes tanto en la política como en el ejército y en la diplomacia. Baste decir por el momento que, entre estos cargos, se destacó don Bernardo de Gálvez como Gobernador de La Luisiana y también como Virrey de México. Dentro del tema propuesto, nos enfocaremos casi exclusivamente en la ayuda económica, diplomática y militar que prestó, mientras fungió de Gobernador de la Gran Luisiana, a las trece nacientes Colonias norteamericanas en su guerra de Independencia contra Inglaterra. Sin su apoyo incondicional, les hubiera sido muy difícil, por no decir casi imposible, a esas colonias conseguir su independencia. Solamente este hecho histórico en sí, además de otros innumerables a que pudiéramos aludir, justificaría ante la opinión pública la «legitimidad», la «legalidad» y la «razón de ser histórica» de la existencia del grupo o grupos hispanos en este país y, por supuesto, muy diferente a los reclamos de otros grupos socioculturales que integran hoy día la totalidad de esta nación.

- II -

La familia Gálvez: cuatro distinguidos hermanos

De las escarpadas montañas andaluzas, no muy lejos de la costa mediterránea, entre Málaga y Vélez-Málaga, España, cuelga, como un blanco palomar, el pueblito de Macharavialla. Un pueblo que, en la apariencia, no tiene ni tuvo nunca importancia. Como muchos de esos pueblos andaluces, las humildes casas de Macharavialla están pintadas de blanco para, en

parte, protegerse contra los rayos ardientes del sol estival.

Por las laderas de las colinas, hasta llegar a la costa, se puede observar gran variedad de plantas y árboles. Sean algarrobos u olivos, los esparcidos árboles semejan enhiestos guardias que velan pacientemente y reposan sobre una alfombra verde, tapizada de cepas y parras. Son éstas las que, a su debido tiempo, darán las uvas que se cosecharán para producir parte de la gran variedad de los mundialmente conocidos vinos malagueños.

Desde la norteña Vizcaya, hace muchos años -pudiéndose trazar su linaje incluso hasta principios de la Reconquista española (711)-, llega la parentela de los Gálvez a la sureña Andalucía. Antón de Gálvez ayudó a los Reyes Católicos en la rendición de Granada (1492). Alonso Gálvez, «El Bermejo», también se distinguió en la guerra de Alpujarras en Granada contra la rebelión de los moros de Abén-Humeya, bajo el liderazgo del Marqués de Vélez. Mucho tiempo después -a principios del siglo XVIII-, del matrimonio don Alonso Gálvez y doña Ana Gallardo y Cabrera, en ese pueblo de Macharavialla, Málaga, nacerán cuatro varones: Matías, José, Antonio y Miguel.

Siendo aún niños, los cuatro hermanos Gálvez quedaron huérfanos de padre. En medio del trabajo agrícola, rayando en la pobreza y sin esperanzas de un futuro risueño, la suerte les llamó a la puerta con la visita pastoral del obispo de Málaga, don Diego González de Toro, a Macharavialla. El pequeño José Gálvez, segundo de los hermanos que, a la edad de ocho años, fungía de acólito en la parroquia del pueblo, debido a su espíritu avivado, atrajo la atención del obispo. Éste, desde ahora, se convertiría en su valioso mecenas. La puerta quedaba ya abierta no sólo para su carrera brillante, sino también para las de sus hermanos.

De don Antonio, el menor de los hermanos Gálvez, muy poco se sabe. Ocupó altos puestos, pero, a diferencia de sus hermanos, todos los cargos fueron a un nivel más bien regional y nacional que internacional. Fue Comandante General de las aduanas de Cádiz. Después llegó a ser Mariscal de Campo. Un incidente, con repercusiones internacionales, le ocurrió cuando iba de comandante de una embarcación de procedencia catalana que se dirigía a Cuba. El corsario marroquí Alí Peres atacó dicha embarcación cogiéndolo a él prisionero. Por medio de su hermano don José Gálvez, que para entonces era ya Ministro en la corte de Carlos III, el Sultán de Marruecos fue notificado del «error» y él mismo amonestó severamente a su corsario, dejando en libertad a don Antonio Gálvez, y lamentándose de la «equivocación» perpetrada.

De don Miguel de Gálvez, el tercero de los hermanos, se sabe un poco más. Estudió derecho en las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, como anteriormente lo había hecho su hermano José. Su primer puesto de importancia parece haber sido el de Regidor vitalicio de Málaga. Fue también Ministro español del Consejo de Guerra, Presidente de la Real Academia de la Ley, Gobernador y miembro de un sinnúmero de cargos gubernamentales. Pero sobre todos estos puestos brilla el de Ministro plenipotenciario a Prusia, en tiempos de Federico el Grande y, ante todo, el cargo de embajador a Rusia. Este puesto fue de suma importancia para la diplomacia exterior de España durante el siglo XVIII, como se verá más tarde, al hablar de su hermano don José Gálvez.

Como es bien sabido, entre las potencias extranjeras que pretendían acceso al noroeste, en particular Alaska, y al oeste de Norteamérica, especialmente a la Alta California, se contaban a los rusos. Don Miguel Gálvez, ocupando el cargo de embajador en Moscú, pudo enterarse de esta manera de las maniobras rusas en cuanto a dichos territorios que, en ese tiempo, se encontraban bajo la Corona española. Las noticias que don Miguel transmitía a su hermano José -Visitador y Ministro de Las Indias, consecutivamente- eran de una importancia extraordinaria para el Imperio. Estas noticias sobre la ambición y expansión rusas hacia la Alta California dieron origen a la determinación llevada a cabo por órdenes de su hermano José y del Rey Carlos III para echar las bases al establecimiento de las famosas misiones de California, por el padre Junípero Serra, y a la fundación de la ciudad de San Francisco, por don Juan Bautista de Anza, realizada el mismo año de la declaración de la Independencia norteamericana, en 1776. El brillante camino que llevaba la carrera diplomática de don Miguel quedó truncado a causa de su muerte inesperada y repentina, acaecida en Gotha, Alemania, durante uno de sus viajes entre Moscú y Madrid.

Al mayor de los hermanos Gálvez, don Matías, se le conoce muy bien, no sólo por haber sido el padre de don Bernardo, sino también por sus propios éxitos y ascenso en la escala tanto militar como diplomática y política. De joven, siguiendo la larga tradición de la familia, entró en el ejército. Por influjo de su hermano José -que para ese tiempo era el brazo derecho del Rey Carlos III- pronto fue elevado de Abanderado a Capitán general. Inmediatamente fue ascendido al puesto de Gobernador de Tenerife y Comandante general de las Islas Canarias.

En 1778 fue nombrado por el Rey Carlos III Capitán general y Presidente de la Audiencia Real de Guatemala. Con la declaración de guerra entre España e Inglaterra, don Matías se distinguió como valiente militar en Guatemala, Honduras y Nicaragua. Siendo comandante de sus tropas, rindió el castillo de San Fernando de Omoa, que había sido tomado poco antes por las tropas inglesas. Se le atribuye, con esa ocasión, la frase: «Yo, caballeros, no vine a rescatar Omoa, sino a morir en el campo de batalla». Reconquistó también de manos de los ingleses otros lugares y puertos de Centro América, como Quepriva, Ministrie y Siniboya.

Cuéntase que, en la defensa de uno de los puertos de Nicaragua, contra una invasión inglesa, uno de los capitanes españoles, don José Herrera, cayó muerto en la refriega bélica. En vista de esto, su joven hija Rafaela, se puso detrás de un cañón disparándolo con tan buena fortuna que la embarcación inglesa, en vista de la imposibilidad de que se rindieran los nicaragüenses, levantó sitio, retirándose. El Rey Carlos III, a instancia de don Matías de Gálvez, le otorgó a Rafaela («hombre-de-artillería») una pensión vitalicia.

Por sus méritos militares -y, sin duda, por la influencia de su hermano José Gálvez- el Rey Carlos III lo elevó al cargo máximo de Virrey de México en 1783. Parece ser que, durante su virreinato, fue muy querido del pueblo por su personalidad amable y por sus obras públicas llevadas a cabo bajo su mandato. Entre éstas se destacan el desarrollo de instituciones culturales, el inicio del primer periódico en la capital mexicana -La gaceta de México-, una academia de diseño, el Banco de San Carlos y la

reconstrucción del Palacio de Chapultepec.

Por último, llegamos a don José, el segundo de los hermanos Gálvez y el más poderoso e influyente de los cuatro. Habíamos indicado antes que el obispo de Málaga, don Diego González Toro, en su visita pastoral a Macharavialla, notó los extraordinarios talentos del muchacho acólito José de Gálvez que, en ese tiempo, contaba solamente con ocho años de edad. Haciéndose su mecenas, le costeó los estudios en el seminario de Málaga. A la muerte de don Diego González, su sucesor, don Gaspar de Molina, lo acogió también bajo su protección. Al ver que el muchacho no tenía vocación para sacerdote, su nuevo mentor le costeó los estudios de jurisprudencia en las universidades de Salamanca y de Alcalá de Henares. Así fue cómo el joven José comenzó su estelar carrera.

La vida pública de don José de Gálvez podría ser -y, en realidad, fue- objeto de sendos volúmenes. Por nuestra parte, aquí, nos limitaremos a enumerar brevemente algunos de los puntos sobresalientes de su carrera diplomática, en particular en lo referente a sus múltiples influencias que desempeñó en la región fronteriza entre México y Estados Unidos y, de un modo especial, en La Luisiana, en donde fungiría de Gobernador su sobrino don Bernardo de Gálvez.

Terminados sus estudios universitarios en jurisprudencia, de inmediato obtuvo cargos en la corte de Carlos III, entre los que destacaría el de Secretario particular del marqués de Grimaldi, Primer Ministro del Rey. Estando en la Corte pudo relacionarse con otras personalidades importantes, como el Conde de Aranda y el ministro y conde de Floridablanca. Estos personajes influyentes lo respaldaron en el continuo y rápido ascenso de su vida política.

En 1765 fue nombrado Visitador General de la Nueva España y, un mes después, también miembro del Consejo de Indias. Estos puestos fueron tan formidables que su poder superaba incluso al del Virrey de México. Con mano fuerte comenzó la reforma del Virreinato de la Nueva España, atacando la corrupción política, ayudando a la expulsión de los jesuitas del Imperio, pacificando la provincia de Sonora e impulsando las misiones franciscanas de la Alta California.

Para llevar a cabo esta última empresa, don José se asoció a fray Junípero Serra en la marcha hacia California. Esta empresa tenía una doble misión: la conversión de los indios a la fe cristiana y la protección de California contra las incursiones de los rusos por el norte. Ya habíamos indicado antes que, siendo su hermano Miguel por ese tiempo embajador en Rusia, la información sobre las maniobras zaristas para apoderarse de todo el noroeste americano, en particular de la Alta California, eran indispensables para los planes de don José Gálvez en cuanto a la defensa de la costa del Pacífico y de las misiones californianas. En este contexto, las instrucciones que don José dio a Juan Pérez -primer navegante y explorador de Alaska, al que seguirían muchos otros- fueron claras y precisas: «Debe considerarse, en primer lugar, que esta expedición se lleve a cabo para establecer la religión católica, extender más los dominios del Rey y proteger esta Península contra las maniobras ambiciosas de una nación foránea [Rusia]».

Hacia 1770 sufrió don José una enfermedad desconocida para los historiadores -aunque se supone que tuvo que ver con depresiones

nerviosas. Ya que se hubo restablecido, decidió volverse a España en 1772. En 1776 el Rey Carlos III lo nombró Secretario de Estado de Las Indias. Este puesto era plenipotenciario, de tal manera que los varios virreinos de Las Américas quedaban todos sujetos a su poder, casi absoluto. Algunas decisiones llevadas a cabo fueron de suma importancia para la región fronteriza en donde vivimos. Por ejemplo, entre las muchas reformas del Virreinato de México se creó la sección de Las Provincias Interiores (Nueva Vizcaya, Sinaloa, Sonora, Coahuila, las dos Californias, Nuevo México y Texas) formando una «entidad separada del Virrey de México, cuya sede sería Chihuahua». Esto venía a resultar «un imperio igual o mayor que el de México».

Otras decisiones, reformas y visiones de don José Gálvez fueron las siguientes: abrir treinta y tres puertos -antiguo monopolio de algunas compañías- al libre comercio latinoamericano. La formación de instituciones de crédito para los campesinos y artesanos. La fundación del famoso Archivo de Indias. La posibilidad de canalizar y convertir el Río Grande/Bravo en «río navegable» entre Nuevo México/Texas y las provincias de la Nueva Vizcaya y Coahuila. Y también promover la posible apertura de un canal en el istmo de Panamá que uniera los océanos Pacífico y Atlántico, adelantándose así unos doscientos años al actual canal. Antes de su muerte, Carlos III otorgó a don José de Gálvez el título de Marqués de Sonora. No cabe duda que la reorganización que don José de Gálvez trajo al noroeste mexicano y al suroeste de Estados Unidos, tuvo influjo en la trayectoria geopolítica y cultural que experimentamos aún hoy día por estas regiones.

En los siguientes segmentos trataremos de las influencias que los hermanos Matías y José de Gálvez, en la persona del hijo/sobrino don Bernardo, tuvieron no sólo en el norte de México y Suroeste de EE. UU., sino, y en particular, en La Luisiana y la Independencia norteamericana.

- III -

Don Bernardo de Gálvez: educación militar y primera intervención en la frontera México-norteamericana

En el último breve ensayo aparecido en Culturadoor habíamos presentado a la familia de los Gálvez, en particular a su padre Matías y a sus tres tíos, Antonio, José y Miguel. El propósito fue colocar en su contexto apropiado la prominente figura del joven hijo/sobrino Bernardo, personalidad central que nos ocupará en las siguientes semblanzas que irán apareciendo en esta publicación.

Bajo un cielo enlutado, el 25 de julio de 1746 doblaban las campanas en toda España y, más tarde, resonarían también en todo el Imperio por la

muerte ocurrida en el Palacio del Pardo de su primer rey Borbón, Felipe V. Las endechas fúnebres se sumaban, bajo un cielo marcial, a los desfiles por las calles de Madrid a causa de la victoria del ejército español en Milán. En ese mismo día, un cielo diáfano brillaba sobre Málaga, porque un niño que, con el tiempo se haría célebre, había visto la luz del día en el pueblito de Macharaviilla. Sus progenitores habían sido don Matías Gálvez, que más tarde sería Virrey de México, y doña María Josefa Madrid Gallardo. Este recién nacido llevaría el distinguido nombre de Bernardo Gálvez. Siguiendo los pasos de su padre Matías y tíos Antonio, José y Miguel, el joven Bernardo ingresó muy pronto en la Academia Militar de Ávila. Algún tiempo después, y a la edad de dieciséis años, se alistó como voluntario en la guerra contra Portugal, en la que peleó como Lugarteniente. A los diecinueve años se embarcó hacia las Américas bajo el mando del general don Juan de Villalba. En México se encontró con su potentado tío, don José Gálvez que, como Visitador General de Carlos III, viajaba por el Virreinato de la Nueva España.

El joven Bernardo acompañó al capitán de Chihuahua don Lope de Cuéllar. A los veinticuatro años, lo reemplazaría con el título de Comandante General de la Nueva Vizcaya, incluyendo Sonora. Era el año de 1770. En este territorio peleó contra los ópatas por algún tiempo, estableciendo más tarde una alianza con ellos para enfrentarse a las otras tribus indias, enemigas de ambos. Después de llegar a algunos acuerdos, los mismos ópatas concedieron a don Bernardo el título de «Jefe» de los suyos.

Su primer encuentro bélico fue contra los temibles guerreros de la tribu apache que se rehusaban a aceptar el yugo de la colonización europea. El joven Bernardo llevaba bajo su comando a 200 hombres. Tuvieron que pasar por desiertos inhóspitos y sufrir el peso y contratiempos de fuertes huracanes e inesperadas inundaciones. Perdidos los alimentos que llevaban, bajo estas condiciones adversas tuvieron que soportar el hambre.

Aunque para entonces ya se sentían desmoralizados, continuaron hasta llegar al río Pecos, sin poder encontrar al enemigo cara a cara. En estas circunstancias, algunos de sus soldados insinuaron volverse a Chihuahua. De una forma, que más tarde se haría famosa en él, Gálvez les arengó de la siguiente forma: «Compañeros, ha llegado el día de hacer el último esfuerzo. Volver a Chihuahua, con la vergüenza de haber malgastado el tiempo y el dinero, y de no haber tenido éxito en nuestra empresa, no es conducta de hombres de honor. Yo marcharé solo si es que no hay nadie que me acompañe. Volveré a Chihuahua con el pellejo de uno de mis enemigos o pagaré con mi vida el pan que del Rey he comido. Vuélvanse los débiles y pusilánimes de corazón y síganme los que han compartido conmigo toda suerte de contrariedades». Dicho esto, metió espuela a su caballo y cruzó el río, como lo hubiera hecho Julio César en el famoso paso del Rubicón. En vista de esto, todos sus hombres decidieron seguirlo incondicionalmente «hasta la muerte».

Antes de que al día siguiente alumbrara el alba, se encontraron con el enemigo y se lanzaron sobre él. En esa mañana, 20 indios apaches cayeron muertos y 36 prisioneros. El botín sumaba 204 caballos y más de 2000 pesos de valor en cueros de venado y de búfalo. Ese día saciaron el hambre con la comida que del enemigo obtuvieron en botín. Ahora sí comenzó el retorno a Chihuahua. Pero la suerte trocaría bandos unos días más tarde. Los

muleros encargados de una recua que llevaba mercancías y provisiones a la ciudad de Chihuahua fueron atacadas por los apaches. Recogieron éstos un botín de 1000 animales, cargamentos de plata y mosquetes, dejando muertos a siete hombres muleteros.

Medio año después, Gálvez dirigió otra campaña contra los mismos apaches. Esta vez llevaba de guías a algunos de los indios que había llevado de prisioneros en la primera refriega militar. Por fin, los apaches, después de años de ataques contra las misiones y los presidios, e incluso contra varias de las múltiples tribus de indios, hicieron pactos de alianza con Gálvez. El mismo Gálvez, durante varias de las incursiones contra los ópatas primero y, después, contra los apaches, había recibido múltiples heridas. En la última batalla recibió tres flechazos, dos en el pecho y uno en su brazo izquierdo.

De mucho le serviría a su debido tiempo a don Bernardo Gálvez estos encuentros bélicos con los indios. Adelantándonos un poco, mencionemos que las lecciones aquí aprendidas las aplicaría con creces, primero, al llegar a ser gobernador de Luisiana, incluyendo a indios en su ministerio o gabinete ministerial; después, en la valiosa ayuda prestada a la Independencia Norteamericana, en particular contra los ingleses que reclutaban tribus de indios contra los rebeldes de la independencia; y, más tarde, siendo Virrey de México, en el trato otorgado a los indios mexicanos.

En particular nos gustaría anotar que la multitud de experiencias que por este tiempo tuvo don Bernardo con los indios le servirían mucho siendo ya gobernador de La Luisiana. Llegó a conocer tan bien no sólo el estilo militar de los indios de la frontera, sino su carácter, cultura, costumbres y leyes que, en las escaramuzas y guerras contra los ingleses que instigaban a los «naturales» contra los españoles, Gálvez se los ganaba fácilmente haciendo pactos de amistad con sus caciques y líderes, dejando así burlados a los ingleses.

Cuéntase que algunos de los tratados entre Gálvez y los «jefes» o caciques de los indios de las regiones del Misisipí se conservan escritos o pintados en cueros de venados o pieles disecadas de los «grandes pescados» de ese gran río. En estos tratados se delimitan fronteras y condiciones de paz. Algunas tribus todavía guardan con cierta nostalgia dichos acuerdos en donde consta la soberanía y los derechos de las comunidades indias sobre los territorios que, irónicamente, les fueron usurpados más tarde por los colonos norteamericanos.

En 1771, a la edad de 25 años, don Bernardo Gálvez retorna a España en compañía de su tío, don José Gálvez, Visitador Real del Virreinato de México. Le sustituyó en su cargo de Comandante General de la Nueva Vizcaya y Sonora don Hugo O'Connor, que había sido recomendado por el famoso general y mariscal don Alejandro O'Reilly. Ambos dignatarios, aunque de origen irlandés, servían en puestos distinguidos al Rey de España y al Virreinato de México. Sería, además, interesante anotar aquí que Gálvez, antes de su regreso a España, dejó en el colegio de San Gregorio, en Veracruz, a catorce jóvenes apaches que él había tomado con anterioridad prisioneros para que recibieran una educación gratuita.

No bien llegado a la corte del Rey, don Bernardo pidió licencia para ausentarse por algún tiempo del servicio militar. Concedido el permiso,

ingresó en una academia de Francia en donde se perfeccionó en el arte de la ciencia militar. Estando allí, entre otras cosas, aprendió el francés. Este hecho le serviría en gran manera para después, cuando fue elegido gobernador de Luisiana, poder entenderse con los criollos franceses que componían una gran porción de los habitantes de esa provincia. Es de suponer que le sirvió también en sus relaciones con la criolla francesa doña María Feliciano de Saint-Maxent, con quien, un poco más tarde, contraería matrimonio.

En 1775, contando ya con 29 años, vuelve a España y obtiene el cargo de Capitán de infantería en el Regimiento de Sevilla. Con esta capitania se pone a las órdenes del conocido y potente mariscal O'Reilly en la batalla llevada a cabo en Argelia. Allí fue malherido, pero no permitió que lo sacaran del campo de batalla hasta que ondearon la bandera borbónica desde una de las fortalezas de Argel.

Después de una breve convalecencia, fue ascendido al rango de Lugarteniente General, por sus muchos méritos bélicos. Ya repuesto de las heridas, fue enviado como instructor de arte bélico a la Academia militar de Ávila, en donde años antes él mismo había sido cadete. Un año después recibió órdenes de la corte del rey para que volviera a Madrid. Una vez llegado ahí, el mismo mariscal O'Reilly, que tanto había influido en la carrera relámpago del joven Bernardo, le participó la noticia de que había sido escogido, a instancias del Consejo Real, para dirigir la Guarnición del Regimiento en Nueva Orleans. El comunicado dice que ese nombramiento fue para «proveer la defensa y el desarrollo de la población y el comercio de la provincia de La Luisiana y ocupar en ese importante puesto a una persona de mi más completa confianza», refiriéndose con ello al rey Carlos III.

Este puesto, sería preciso aclarar, no fue sólo un puesto militar, sino más bien de naturaleza política y administrativa, ya que la intención de la corte del Rey era que, después de un tiempo muy breve, sería nombrado Gobernador de La Luisiana, en parte debido a que el competente y veterano gobernador Unzala había pedido que lo reemplazaran de su cargo, a causa, sobre todo, de su edad avanzada. Y así fue que, en 1776, a la edad de 30 años -año en que se declaran independientes las Colonias norteamericanas- don Bernardo Gálvez llegó a La Luisiana como cuarto gobernador español de esa provincia.

- IV -

Don Bernardo de Gálvez: hacia la gobernación de La Gran Luisiana

En el corto ensayo anterior habíamos expuesto el primer viaje del joven don Bernardo Gálvez a La Nueva España y su intervención bélica en La Frontera México-estadounidense con los ópatas y los apaches. En el presente breve ensayo presentaremos el contexto en el que don Bernardo

ejercerá su posterior influencia en los destinos de la Independencia norteamericana.

En la sección anterior de esta serie de semblanzas históricas habíamos presentado brevemente la primera etapa -la de la juventud- del gran militar y estadista malagueño, don Bernardo de Gálvez. Habíamos descrito su primer viaje a México -que era la Nueva España de entonces- en el cual se relacionó con la Frontera México-estadounidense y llevó a cabo sus primeros contactos bélicos con los indios ópatas y apaches. Ahora, como también lo haremos en las subsiguientes secciones, lo presentaremos como futuro Gobernador de La Gran Luisiana.

Decimos La «Gran» Luisiana, porque, en la segunda mitad del siglo XVIII, la provincia de La Luisiana se componía de todos los estados lindantes con el río Misisipí, desde el actual homónimo estado hasta el Canadá. En términos globales, podría decirse que La Gran Luisiana de aquel tiempo, y bajo la Corona de España, abarcaba más o menos la tercera parte de lo que hoy es el territorio que comprende los Estados Unidos.

Era por el verano de 1779, en plena guerra por la Independencia de las Colonias de la Nueva Inglaterra, cuando las noticias que llegaban al nuevo gobernador interino, don Bernardo Gálvez, eran alarmantes. Su predecesor, don Luis Unzaga y Amézaga -que acababa de dimitir su puesto por razones de edad avanzada- había entregado el mando en calidad de interino al joven de treinta y tres años, don Bernardo. El gobernador Unzaga había establecido con anterioridad muy buenas relaciones diplomáticas y políticas con los rebeldes de las colonias norteamericanas de la Nueva Inglaterra. Su sucesor, el joven don Bernardo, y con la aprobación secreta, pero no oficial -esto vendría más tarde- de la Corte de Madrid, seguiría apoyando y ayudando a esos rebeldes que peleaban por su independencia.

Como acabamos de insinuar, las noticias que llegaban del norte del país y de La Florida eran alarmantes. Los ingleses, que no estaban dispuestos a concederles la independencia a los colonos del nordeste, decidieron atacar La Luisiana española. No hay que perder de vista que toda esta situación política y militar era muy compleja. Por una parte, Inglaterra quería definitivamente aplastar la rebelión de las colonias de la Nueva Inglaterra, por obvias razones. Por otra parte, y para conseguir su propósito general, decidió atacar a La Luisiana española, debido al apoyo y ayuda no oficial que ésta prestaba a dichas colonias. Para llevar a cabo su propósito, atacando ambos frentes a la vez, los ingleses reclutaron todos sus destacamentos militares disponibles, desde el Canadá (Montreal) hasta La Florida (Pensacola), que acababa de pasar temporalmente de las manos de España a las de Inglaterra, como botín obtenido en la «Guerra de los Siete Años». A los dichos destacamentos militares ingleses se sumaban grandes y numerosos contingentes de indios iraquois y sioux, aliados de aquéllos.

Bajo estas críticas circunstancias, el joven don Bernardo convoca una junta de su Consejo militar, con carácter urgente. Todos los jefes de los distritos a lo largo y a lo ancho del Valle del Misisipí hasta la frontera con La Florida respondieron a la convocatoria. También hicieron acto de presencia varios capitanes esparcidos por todo ese extenso territorio,

como Cruzat, de San Luis; Juan Villebreuve, de la frontera con Pensacola; Alejandro Croussot, comandante del distrito de Arkansas; Pedro José Favrot, Hilario de Estenoy, Joaquín de Blanca, Manuel de Nava, y varios otros. A ellos se sumaron los siguientes veteranos: el coronel Manuel González, el lugarteniente coronel Estaban Miró, futuro gobernador, y Pedro Piernas, que acababa de llegar de Pensacola con una misión secreta contra los ingleses.

El gobernador interino don Bernardo Gálvez les informó a todos sobre las operaciones secretas que preparaban los ingleses para atacar a La Luisiana, en particular a la ciudad de Nueva Orleáns. Esta información secreta la había obtenido él interceptando una serie de mensajes de los navegantes ingleses por el Misisipí, y también por medio de otras fuentes secretas. Una vez reunido el Consejo militar, acordaron todos, por el momento, concentrar los soldados de todos los destacamentos de toda la provincia en la ciudad de Nueva Orleáns, teniendo que dejar vacantes de este modo los diferentes puestos y fuertes militares. Entre tanto, pidieron ayuda, también con carácter de urgencia, a la Capitanía General de La Habana para que enviara pronta ayuda militar. Mientras se afanaban para comenzar de inmediato los preparativos, un fuerte huracán dio al traste con los planes previamente hechos. El mismo Gobernador interino, don Bernardo, le escribe a su tío don José Gálvez -que para entonces ya era Ministro Plenipotenciario de Las Indias- exponiendo la grave situación: «Todo está en ruinas. Las cosechas se han perdido, los árboles por doquiera yacen caídos, los hombres abatidos, sus esposas y sus hijos perdidos y esparcidos por los campos solitarios, desolados e inundados y los barcos hundidos en el río (Misisipí). Y, para colmo, todos mis recursos, asistencia y esperanzas se han desvanecido».

Antes de adentrarnos más en cuanto a la persona e importancia política de don Bernardo, y de meternos en las guerras que mantendría contra los ingleses en el sur, sería conveniente exponer brevemente la situación geopolítica de La Gran Luisiana por los siglos XVII y, sobre todo, XVIII. Como habíamos apuntado anteriormente, La «Gran» Luisiana ocupaba una tercera parte de lo que hoy es Estados Unidos. Comprendía todo el Medioriente y el Medioccidente, llegando hasta el Canadá. Más en concreto se componía, sobre todo, de los estados actuales como Minnesota, Wisconsin, Missouri, Illinois, Kentucky, Arkansas, Tennessee y Mississippi. Podría ilustrarse esto diciendo que la columna vertebral o espinazo de este gran cuerpo geográfico era el río Misisipí, extendiendo todos sus miembros o tentáculos a lo largo y ancho de esa vía fluvial, eje del comercio entre el Canadá y el golfo de México, incluyendo las Antillas, en particular Cuba. España, Francia e Inglaterra explotaban el viaducto para comerciar entre sí y con las múltiples tribus de indios y, más recientemente, con las recién nacidas colonias de la Nueva Inglaterra. El tablero de las maniobras comerciales y políticas era, pues, complejo. En cuanto a su historia podría indicarse brevemente que, desde el punto de vista del descubrimiento y exploración, para los europeos, claro está, los españoles fueron los primeros en pisar y explorar estos vastos territorios, «reclamándolos» para la Corona de España. Exploradores como Alfonso de Pineda (1519) recorrieron la costa del sur, incluyendo la desembocadura del Misisipí, y reclamándola para el rey. Siguieron

sucesivamente otros exploradores como Narváez, Garay, Cabeza de Vaca, etc. Pero el que realmente se adentró, quiso y pidió, antes de morir, a sus compañeros que intentaran colonizarla, fue Hernando de Soto que había recorrido casi todo ese inmenso territorio. Es sabido que, una vez muerto, sus compañeros, por miedo a que los indios lo desenterraran por haber sido el más odiado por ellos, lo metieron en el tronco de un árbol como si fuera un ataúd y lo depositaron en el gran río, seguramente hallando descanso final en las aguas del golfo de México.

Por parte de Francia, en 1680 -160 años después de las exploraciones de los españoles- el explorador francés René Robert Cavalier, mejor conocido con el título de Sieur de La Salle, recorrió el río Misisipí, de norte a sur, a diferencia de los españoles que recorrieron el territorio sur de este a oeste. Dos años después, en 1682, llegó La Salle a la desembocadura del río y, en lugar de quedarse en tierra firme, se dirigió a Francia para pedirle al rey Louis XIV ayuda en la colonización de ese gran territorio. Se la dio el rey, pero, al regreso, no encontró la Luisiana, sino que ancló al sur de Texas. Sus propios soldados lo asesinaron, quienes, a su vez, fueron muertos por los indios de la región.

Fue, sin embargo, en 1718, es decir, 140 años más tarde, que un grupo de soldados franceses llegó a la desembocadura del río y establecieron los cimientos de lo que sería la ciudad de Nueva Orleans. Ahí permanecieron los colonos franceses por un período de 44 años. Durante este tiempo se entregaban a negociar con las diferentes tribus de indios que se hallaban río arriba. A todo ese territorio lo nombraron La Louisianne, en honor a su rey Louis XIV. Los colonos franceses intercambiaban productos agrícolas y pieles, pero, como no había oro ni plata, y, por otro lado, la agricultura languidecía, a Louis XIV dejó de interesarle esa empresa colonizadora, pues tenía que enviarle más ayuda económica de la que él recibía de ella.

Durante los últimos años de la colonia francesa en La Luisiana se llevaba a cabo en Europa la famosa «Guerra de los Siete Años». Al concluir la campaña bélica, España se vio forzada a entregar La Florida a Inglaterra, y Francia cedió «de buen grado» La Gran Luisiana a España, volviendo así nuevamente ese inmenso territorio, incluyendo Nueva Orleans, a la corona de España. El Tratado de entrega se llevó a cabo en Fontainebleau, Francia, el 3 de noviembre de 1762.

Entre los años de 1762 y 1800, año postremo éste en que Napoleón exige de España que le ceda La Luisiana para extender sus bien conocidas ambiciones de un imperio francés en la América del Norte, La Luisiana y Nuevo Orleans florecerán bajo la administración española por el espacio de 40 años.

Durante este tiempo gobernaron dicho territorio ocho hombres que, a excepción del primero, a quien le interesaba más la ciencia que la administración pública, dejaron huellas imperecederas. Citemos solamente sus nombres, para pasar después al personaje que ocupa nuestra atención, don Bernardo Gálvez. Los ocho gobernadores fueron: don Antonio de Ulloa, que fue un excelente científico, pero un mal administrador; don Alejandro O'Reilly, el gran Mariscal nombrado ya con anterioridad en otro ensayo nuestro; don Luis Unzaga y Amézaga, gran estadista; don Bernardo Gálvez, del que nos ocupamos aquí y ocuparemos en adelante; el coronel don Esteban Miró, a quien le tocó reconstruir la ciudad de Nueva Orleans después del

famoso incendio de 1788; a él le siguió don Francisco Luis Héctor, que, entre otras cosas, comenzó el primer periódico de Nueva Orleans; le sucedió don Manuel Gayoso de Lemos, conocido por su bondad y amado por los pobres; por fin, al Marqués de Casa Calvo le tocó ser el último de los ocho gobernadores españoles de La Gran Luisiana. Tuvo que entregar, en 1800, la provincia a Napoleón por medio del ya citado Tratado de San Ildefonso, en Madrid.

Como posdata a este Tratado sería importante para los hispanos de Estados Unidos saber que Napoleón aceptó la condición propuesta por el Primer Ministro español, Godoy, de que, en el momento de que a Francia no le interesara La Gran Luisiana, tendría que devolvérsela a España. Hubo una «promesa solemne» al efecto, pero, como es bien sabido, poco tiempo después de firmar el Tratado, y de que los soldados de Napoleón perdieran la primera batalla humillante en tierra americana, ocurrida en Santo Domingo, Napoleón decidió cambiar la orientación que debiera tomar su imperio: de América a Europa. Por esos momentos precisamente se hallaba James Monroe, secretario de estado del presidente norteamericano Thomas Jefferson, en Francia con el objeto de pedirle al emperador permiso para usar el puerto de Nueva Orleans. Cual fue la sorpresa y asombro de Monroe cuando Napoleón no sólo le permitía usar el puerto, sino que le vendía ¡por 15 millones de dólares toda La Gran Luisiana! La «promesa solemne» de Napoleón de que «Francia no enajenaría esa colonia, sino devolviéndosela a España», quedó fallida.

- V -

El gobernador don Bernardo de Gálvez: primeras campañas militares en La Luisiana

Por medio de un juramento solemne de defender la provincia de La Luisiana y serle fiel al rey Carlos III, don Bernardo Gálvez es instalado «oficialmente» gobernador de esa provincia. Al nuevo gobernador, una vez declarada asimismo «oficialmente» la guerra entre Inglaterra y España, no le quedó otro remedio que defender los intereses territoriales de La Luisiana, alejados al río Misisipí, y de «recobrar» de Inglaterra la provincia de La Florida, que España había perdido en la Guerra de los Siete Años. Para llevar a cabo esta doble empresa, él mismo dirigiría una serie de marchas militares y triunfales contra el imperio inglés en estos territorios y, haciendo esto, ayudaría al mismo tiempo a la Independencia de las Colonias norteamericanas contra el dominio británico.

En el ensayito anterior -«Don Bernardo de Gálvez: hacia la gobernación de La Gran Luisiana»- habíamos señalado, sobre todo, en qué consistía ese gran territorio que comprendía en el siglo XVIII la tercera parte de la

extensión que ocupa hoy los Estados Unidos. También indicábamos que don Bernardo Gálvez había llegado a La Luisiana en aquellos días en calidad de gobernador interino de esa enorme provincia. En el presente ensayo, como en los siguientes, expondremos algunas de las actividades que, durante cortos años, llevará a cabo el joven y nuevo gobernador.

Habíamos anotado también que las noticias del inicio de la represión militar por parte de Inglaterra contra las nuevas Colonias insurgentes norteamericanas era inminente. Aunque España y Francia no habían declarado «oficialmente» la guerra contra Inglaterra, ni ésta contra ellas, los dos países amigos -España y Francia- estaban ayudando clandestinamente a las nuevas Colonias en su lucha por la Independencia. En esta coyuntura político-militar llega don Bernardo de Gálvez como gobernador interino de La Luisiana.

Lo primero que hace don Bernardo es reunir a su alto comando, o Consejo Militar, para discutir la estrategia a seguir. Por el momento, deciden reclutar todos los consejeros militares y políticos esparcidos por la provincia para diseñar el plan de acción. Hecho esto, se presentó un evento inesperado, del cual ya se hizo mención anteriormente: que los huracanes y tormentas destruyeron las cosechas, hundieron los barcos y diseminaron a las familias por toda la provincia. Pero lo inminente del ataque inglés sobre Nueva Orleáns continuaba siendo un hecho irreversible. Mientras hacían los preparativos para la defensa de Nueva Orleáns, don Bernardo recibe sigilosamente de la Capitanía de Cuba un oficio de que Inglaterra había declarado «oficialmente» la guerra contra España y Francia. Don Bernardo, con su ya conocido buen sentido de estrategia militar, se guardó de comunicar y compartir estas nuevas con nadie, ni siquiera con su Consejo Militar. Esto lo hizo, al parecer, por dos razones principales: la primera, para ganarles tiempo a los ingleses, pues la mayor parte de los destacamentos ingleses en Norteamérica no recibirían las noticias tan rápidamente como las recibió don Bernardo. La segunda razón fue para que tampoco se diseminara entre los españoles dicha noticia, que muy bien pudiera llegar a oídos de los ingleses. No cabe duda que don Bernardo Gálvez con esta noticia gozaba de una ventaja sobre el enemigo.

Pues bien, el nuevo gobernador tenía que resolver ante todo su situación «interina» y hacerla «oficial». Para ello convocó a todos sus dirigentes, tanto políticos como militares, y también al pueblo en pleno para resolver cuanto antes dicha situación. Se dirigió a todos de la siguiente manera: «No puedo tomar posesión oficial de mi puesto de gobernador sin haber previamente jurado ante el Concejo Citadino que defenderé con denuedo a toda la provincia. Pero, aunque estoy dispuesto a derramar mi sangre por La Luisiana y por mi Rey, no puedo presentar un juramento que tenga más tarde que violarlo, porque no sé si todos los aquí presentes quieren resistir los ambiciosos planes de los ingleses. ¿Qué tienen que decir todos sobre esto? ¿Debo tomar juramento como gobernador oficial y legítimo? ¿Debo jurar para poder defender La Luisiana?».

Como se dejaría esperar, la reacción positiva fue unánime. El Comisario de Guerra, Juan Antonio Gayarre, en nombre de todos los presentes, declaró: «Haz juramento; por la defensa de La Luisiana y el servicio del Rey, nosotros te ofrecemos nuestras vidas y ofreceríamos todos nuestros bienes

si es que todavía nos quedara alguno». En vista de esto, el nuevo gobernador, hecho juramento, tomó cargo «oficial» de su puesto. Con gran urgencia se dispuso a hacer los preparativos para el encuentro militar. Habría que mencionar parentéticamente aquí que no todos sus oficiales, tanto militares como administrativos, estuvieron de acuerdo con la decisión tomada por Gálvez, que era la siguiente: marchar «a la ofensiva». Algunos preferían y juzgaban más apropiado que los ingleses atacaran la ciudad de Nueva Orleans y defenderla contra ellos que exponerse a salir y desperdigarse por todas partes. Pero la opinión y decisión de don Bernardo prevaleció.

Como se había dicho antes, don Bernardo tenía bien guardado en secreto el mensaje recibido de la Capitanía de Cuba de que Inglaterra había declarado «oficialmente» la guerra contra España. Los otros dirigentes y subalternos no lo sabían todavía, y don Bernardo no se lo diría hasta que las circunstancias fueran propicias, como se indicará más adelante. De inmediato, Gálvez dio órdenes de que la expedición «ofensiva» se llevara a cabo por dos rutas: por agua y por tierra.

Nombró a Julián Álvarez, experto artillero, que, aunque enfermo, dirigiera la pequeña flota marina, mientras él, don Bernardo, capitanearía la columna terrestre. Contaba solamente con 170 guerreros veteranos. A estos se añadieron 330 reclutas, 20 carabineros y 60 ciudadanos voluntarios. En el camino se le juntarían 600 hombres más, muchos de ellos colonos alemanes radicados en Acadia, Atacapas y Punta Cortada. Más tarde se le unieron unos 160 indios de la región y otro grupo de negros y mulatos. En total, logró reunir una fuerza militar de 1450 hombres.

Interesante sería notar que ésta fue la primera vez que, en tierras norteamericanas, se reunió un ejército, aunque modesto, de una mezcla considerable de razas y culturas diferentes y variadas: españoles, franceses, alemanes, colonos norteamericanos, criollos, «naturales», negros y mulatos bajo el nuevo y joven gobernador, aunque ya experimentado militar, don Bernardo Gálvez. Este batallón, como podrá discernirse, se encontraría con graves dificultades, no tanto de relaciones humanas, sino climatológicas y forestales. Tuvieron que cruzar pantanos y lodazales, y sufrir lluvias torrenciales, sin contar siquiera con tiendas de campaña.

Tuvieron grandes pérdidas humanas, pero, después de once días de marcha, llegaron al lugar de destino: Manchack. Era el 7 de septiembre de 1779.

Antes de atacar, don Bernardo decidió que había llegado la hora para comunicarles públicamente a todos lo que él tenía guardado en secreto: que Inglaterra y España «oficialmente» estaban en guerra y que él tenía órdenes de sitiar y ocupar todos los puertos ingleses aledaños al Misisipí. Al oír estas noticias, los soldados prorrumpieron en vivas, y su moral, después de la larga y mísera travesía, resurgió con fuerza.

El 7 de septiembre de 1779 llegaron, pues, a la instalación militar inglesa de Manchack. Le pusieron sitio e, inmediatamente, la atacaron. Fue Gilberto Antonio Saint-Maxent, futuro pariente del gobernador, quien, por un secreto túnel, se metió en el fuerte enemigo. Inmediatamente, toda la guarnición quedó hecha prisionera. La victoria, aunque relativamente pequeña, tuvo grandes repercusiones, sobre todo de orden moral, para el futuro.

Después de haber tomado este fuerte, y de haber descansado durante varios

días en que restablecieron sus fuerzas, los soldados de Gálvez estaban ya dispuestos para llevar a cabo el segundo cometido: Baton Rouge. Este fuerte se encontraba mucho mejor protegido y pertrechado que el de Manchack. Se hallaba rodeado de zanjas y canales, y contaba con 18 cañones y 600 soldados, todo bajo el comando del coronel inglés Dickson. La defensa de dicho fuerte presentaba, pues, dificultades para Gálvez mucho más serias que las que había encontrado en Manchack. La decisión tenía que ser clara, definitiva y rápida: o ponerle sitio o atacar de frente. Ambas presentaban peligros. Si ponían sitio, corrían el riesgo de que éste durara demasiado tiempo y su ejército, que no estaba preparado para ello, pudiera desintegrarse. Entonces, optó por la segunda fórmula, la del ataque.

Para ello ideó la siguiente estrategia: al anochecer, y bajo el amparo de la oscuridad de la noche, un buen número de sus soldados excavaría una trinchera, en la cual se plantaría la artillería. Al lado opuesto del fuerte, otro grupo numeroso serviría de anzuelo y carnada, es decir, haría creer a los ingleses que allí estaba lo grueso de la columna militar. El propósito era que los ingleses dispararan contra ellos, malgastando de este modo el parque que tenían. En realidad, a lo que estaban disparando era a los árboles, detrás de los cuales se escondían los soldados de Gálvez. Este ruido de pólvora ayudaba a opacar y silenciar el ruido causado por los que estaban cavando y abriendo trincheras del otro lado. Así se pasó toda la noche.

Al amanecer, los cañones que Juan Álvarez había traído por mar, puestos ya en las trincheras, comenzaron a disparar de tal manera que, para las tres de la tarde, el fuerte estaba hecho ruinas. El coronel Dickson, ante tal fracaso, tuvo que rendirse. No sólo se rindió Baton Rouge, sino que, a exigencias de Gálvez, también tenían que rendirse los fuertes de Pan Nure y de Natchez. Y así fue que, bajo el liderazgo de Juan Villebreuve, además de los 600 capturados en Baton Rouge, se le rindieron también los 80 granaderos ingleses de Pan Nure y de Natchez.

Unos días después de la rendición de Baton Rouge, llegan noticias a Natchez de que Inglaterra había declarado oficialmente la guerra contra España. O sea, que la decisión de don Bernardo Gálvez de guardar secreto absoluto sobre los despachos que había recibido de la Capitanía de Cuba, acababan de llagar, con bastante retraso, a los oídos de los ingleses de esta región. La estrategia del gobernador Gálvez había surtido el efecto buscado. A los pocos días, las tropas de don Bernardo regresarían a Nueva Orleans para disfrutar de un descanso bien merecido.

El propósito de la primera marcha militar contra los ingleses se había llevado a cabo con éxito. Pero, quedaban por realizarse otras marchas campales. Éstas serán el tema de los dos siguientes cortos ensayos.

Para poder sofocar la Independencia de las nuevas Colonias norteamericanas y tratar de que La Luisiana española no apoyara militar y económicamente a dichas Colonias, Inglaterra tendría que fortificar su presencia en La Gran Florida. Creemos necesario, para comprender el contraataque de don Bernardo Gálvez, exponer la situación de La Gran Florida que, por doscientos años de colonización, se encontraba bajo la Corona de España y el Virreinato de México. En el siguiente ensayo continuaremos con la doble estrategia político-militar de don Bernardo: recuperar La Gran Florida para España-México y, al mismo tiempo, continuar la ayuda a la Independencia de las Colonias norteamericanas.

Después de haber capturado de mano de los ingleses Natchez, Panure, Manchack y, sobre todo, Baton Rouge, que se encontraban situadas «río arriba», es decir, partiendo del sur de La Luisiana, don Bernardo y sus tropas se volvieron a Nueva Orleans para recobrar las fuerzas de cuatro semanas de batallas y caminatas. Pero eso sería solamente el comienzo de otras campañas militares más largas y arduas. Había que lanzarse ahora hacia el este, o sea, hacia La Florida.

Los ingleses, como quedó indicado anteriormente, habían reorganizado sus estrategias militares en la costa oriental de Norteamérica, incluyendo el este del Canadá, para poder suplantar la rebelión de las nuevas Colonias norteamericanas y para atacar a la provincia española de La Luisiana. La estrategia era de concentrar las fuerzas militares, no ya exclusivamente en el norte, sino en La Florida para así atacar más fácilmente a La Luisiana y no perder el poder cada vez mayor que ejercían ya en la región del Golfo de México. Esta nueva estrategia inglesa no se le ocultó a don Bernardo Gálvez. Así que, tan pronto como hubieron descansado sus tropas y de haberse reorganizado, emprende la nueva marcha militar hacia el este: sobre Mobile (Alabama) y Pensacola (Florida Occidental).

Antes de exponer los difíciles y complicados asaltos a Mobile y Pensacola llevados a cabo por los españoles, quisiéramos presentar aquí un breve panorama de la larga historia de la presencia española en La Gran Florida, a la que iban dirigidos los intentos de don Bernardo para rescatarla del poder inglés. Nos parece que la presentación de este breve panorama histórico es necesario para que el lector se dé cuenta de los motivos recónditos que influían en la estrategia de don Bernardo, así como la voluntad de la Corte española para reconquistarla del poder inglés. Sería difícil resumir en estas breves páginas la presencia histórica de España y el Virreinato de México que, por más de trescientos años, se dejó sentir en La Gran Florida. Además, no es nuestro propósito disertar sobre este tema. Lo traemos a colación aquí solamente porque, sin esta pieza geopolítica en el tablero de las conquistas y reconquistas de estos territorios, sería imposible aquilatar el papel trascendental desempeñado por don Bernardo Gálvez en los destinos históricos no sólo del dominio español y mexicano en estas provincias, sino también de las nuevas Colonias Norteamericanas en la lucha por su Independencia del poder inglés.

Se pueden observar tres momentos históricos bien distintos en la presencia hispánica en La Gran Florida. El primer momento, el del «descubrimiento», viene representado por don Juan Ponce de León y otra media docena de descubridores. Saliendo don Juan de Puerto Rico el 13 de marzo de 1513, llega al sur de la Península el 2 de abril del mismo año, es decir, poco más de dos semanas después. Llega precisamente en la primavera, cuando la vegetación renace a una nueva vida. Entre otras cosas, abundan las «flores». Es la estación de la Pascua de Resurrección, conocida popularmente como la fiesta religiosa de «La Pascua Florida». Era costumbre en esos tiempos, al llegar a un lugar nuevo, nombrarlo de acuerdo a la festividad religiosa de ese día. Así que, al llegar a ese territorio, Ponce de León le puso el nombre de «La Florida». Sin haber llevado a cabo muchos sucesos históricos importantes, don Juan regresa a Puerto Rico medio año después de haber puesto pie en esa península. Dos años más tarde, Diego Velázquez, gobernador de Cuba, envía a don Francisco Hernández de Córdoba a La Florida, llegando a este nuevo territorio en 1517. Hernández de Córdoba tampoco tuvo éxito, pues sus barcos fueron arrojados por los vientos hasta la Península de Yucatán. De allí bordea todo el Golfo de México hasta llegar a La Florida y, sin conseguir gran cosa, regresa a Cuba. Le siguió Alonso Álvarez de Pineda, cuyo propósito había sido el de estudiar topográficamente todo el territorio al norte del Golfo. Pudo recoger datos geográficos importantes sobre el sur de Texas, Misisipí, Luisiana, Alabama y La Florida. El mapa final, en el cual descubrió que La Florida no era una isla, como se creía entonces, sirvió como mapa «oficial» que se usaría después para más descubrimientos, exploraciones y, por fin, la colonización de La Gran Florida.

A estos «descubridores» les seguirían otros más, como el bien conocido Pánfilo de Narváez. Después de éstos comienza la segunda etapa mencionada antes: la de los muchos «exploradores», de los cuales el más tristemente famoso fue Hernando de Soto. Había peleado ya Hernando de Soto en Centro América y, sobre todo, en Perú en contra de los incas, bajo Francisco Pizarro. Cansado de las intrigas entre los conquistadores del Perú, se dirige a Cuba y, después de varios años, obtiene permiso de España para continuar la exploración de La Gran Florida. Salió de Cuba el 18 de mayo de 1539. Llevaba consigo 600 soldados, varios frailes, algún médico y varios herreros y carpinteros. Además, la embarcación cargaba con unos 200 caballos. Llegó la expedición a La Florida dos semanas después, es decir, el 3 de junio de 1529. Esta multitud de gente y caballos recorrió toda La Gran Florida, lo que hoy son Las Carolinas, Las Virginias, Georgia, Tennessee, Alabama y Misisipí. Después de haber recorrido durante tres años tanto territorio y de haberse encontrado casi siempre con indios enemigos, Hernando de Soto se enfermó y murió de fiebres malignas. Para proteger su cadáver de los indios enemigos suyos, su gente lo metió en el tronco de un árbol y lo arrojaron a las aguas del Misisipí. Su sucesor, Luis Moscoso, y su gente continúan las expediciones durante dos años más. Recorren Arkansas, Oklahoma y Texas. Se pierden, y vuelven sobre sus pasos hasta llegar otra vez al río Misisipí. Durante dos meses y medio se dedican a la construcción de seis barcos para regresar a México. Entre lluvias de flechas envenenadas de los indios, río abajo llegan al

Golfo de México. Pero sin brújula, se ven perdidos. Por fin, se topan con la desembocadura del río Pánuco, al este de México. En fin, después de cinco años, llegan a la capital mexicana, desilusionados. El Virrey de México los consuela prometiéndoles toda clase de remuneraciones. La expedición de Hernando de Soto/Luis Moscoso, aunque en parte desastrosa, tuvo la importancia de haber «explorado» y «apropiado» en la primera mitad del siglo XVI para la Corona de España y el Virreinato de México territorios inmensos, cien años antes de la llegada de los «peregrinos» ingleses en el Mayflower.

Lo más importante, sin embargo, de la presencia en La Gran Florida (que incluía los estados actuales de Florida, Georgia, Alabama, las dos Carolinas y Virginia), sigue a la expedición de Hernando de Soto. Cronológicamente, se trata de más de doscientos años de colonización parcial de este extenso territorio. Debido a la limitación de espacio, recorreremos esos doscientos años en unas cuantas líneas. Era por el tiempo que gobernaban en México el Virrey Mendoza y su sucesor don Luis Velasco, ambos poseedores de gran energía y visión política y administrativa. Nos encontramos ahora en el tercer momento histórico para La Gran Florida, el momento de la «colonización».

El primer intento de colonización fue llevado a cabo por don Tristán Luna y Arellano, que había acompañado anteriormente a Vázquez de Coronado en su expedición por Nuevo México y Kansas. Don Tristán era un hombre sumamente rico. Puso bandos reclutando a gente y consiguió unas 1500 personas para su expedición colonizadora. El Virrey, don Luis Velasco, le ayudaría con apoyo financiero. Sería importante anotar aquí, en forma parentética, que entre las 1500 personas, se hallaban familias enteras, siendo muchas de ellas «mexicanas» de nacimiento. Nos parece sumamente importante esta aclaración, dado que la mayoría de los lectores creerán que La Florida, es decir, el sureste (incluyendo La Luisiana) fue una empresa ajena a México. Esta empresa, aunque bajo la corona de España, se llevó a cabo por medio del virreinato de México, siendo mucha de la gente de origen mexicano. Don Tristán salió del puerto de Veracruz en julio de 1559, con una flota de trece barcos y 1500 personas. Esta expedición, sin embargo, estaba llamada a un rotundo fracaso. Las tormentas marinas echaron a perder todos los alimentos y semillas que con ellos llevaban. Anclaron los barcos, pero el hambre comenzó a hacer estragos. Hombres, mujeres y niños morían de inanición. Duraron así por espacio de un año. Al cabo de ese año, un navío, enviado por el Virrey, cargado de bastimentos, ancló en Pensacola (que, con el tiempo, se hará famosa, como veremos). Pero esto no bastó y, la mayor parte de la gente, decidió volverse inmediatamente a México, excepto don Tristán que, por asunto de honor, se quedó para continuar explorando esos bastos territorios. Por fin, también él, cediendo, se volvió a México.

Se esperaba que este fracaso pusiera fin a las aspiraciones colonizadoras de La Gran Florida. Pero no fue así. La reciente presencia de ingleses, y en particular de franceses, en la costa oriental de La Gran Florida motivaron al Rey de España y al Virrey de México a reiniciar dicha colonización. Otro hombre, que se haría célebre en la historia de La Florida, sería el designado para la segunda fase de dicha colonización. Se llamaba don Pedro Meléndez de Avilés.

La expedición de don Pedro, con miras a establecer la colonización, fue impresionante para aquellos tiempos. Se calcula que costó 2000000 de escudos. Don Pedro, hombre sumamente rico, costearía la mitad. La Corona de España y el Virreinato de México, la otra mitad. Irían 300 soldados, cien de ellos de los mejores del reino. Los acompañarían un gran número de artesanos. También irían 10 misioneros jesuitas. La cantidad de animales domésticos, desconocidos en La Florida, sobrepasaban los mil. En el permiso concedido a don Pedro por la Corona y el Virreinato, se especificaba claramente que tenían que compartir todo esto con los «naturales», y que a éstos no se les podría forzar a trabajar, a no ser que ellos voluntariamente quisieran.

La flamante flota salió de Cádiz, España, en junio de 1565. Haciendo escala brevemente en Puerto Rico, continuó hacia La Florida, anclando en Cabo Cañaveral dos meses después, el 28 de agosto de 1565, día de San Agustín. De aquí el nombre dado a la futura ciudad. Comenzaron inmediatamente a construir una iglesia y un fuerte. Para septiembre, ya estaban concluidas las obras y se celebró una fiesta religiosa y otra civil, a las que asistieron muchos «naturales». Todo parecía sonreír a los nuevos colonizadores, pero muy pronto se presentarían serias dificultades.

Por una parte, los indios de la costa oriental eran belicosos y con frecuencia caían sobre las misiones. Por otra, los franceses, entre ellos el general Ribaut, asaltaron varias veces a San Agustín. En un vaivén e intercambio de ataques militares, por fin Meléndez de Avilés pudo coger prisionero al general Ribaut y, con varios de sus soldados, lo pasó por las armas. En tercer lugar, los corsarios ingleses, entre ellos Francis Drake, asolaban las misiones, los poblados y hasta pusieron fuego a San Agustín, forzando a que la gente se dispersara por doquiera. Por fin, los huracanes y fuertes tempestades azotaban frecuentemente los campos, dejando todo en desolación. Pero los colonos españoles, a la cabeza de los cuales se encontraba don Pedro, no cejaron en su empeño colonizador.

El verdadero peligro, sin embargo, lo constituían los ingleses que, procediendo del norte, poco a poco se iban anexando las partes norte de La Gran Florida. La razón principal fue que, como España y el Virreinato de México no practicaban ni reconocían «oficialmente» la esclavitud por estos territorios, los esclavos de los ingleses buscaban refugio en territorio español. Inglaterra presionaba para su devolución y ponía como condición: o devolución de esclavos o concesión de nuevos territorios. España, ante tal disyuntiva, optaba por lo segundo.

A causa de esta situación, y para poner fin a la estrategia y ambición inglesas, España y México se vieron forzados a firmar el «Tratado de Madrid» (1670) por el cual se fijarían permanentemente los límites del Virreinato de México en el río Savanna (Georgia). Pero, en realidad, para nada sirvió el Tratado, porque el acoso inglés continuaría, y España y México las llevaban de perder. Y así fue, pues, poco a poco, España iría perdiendo sus territorios.

Saltando ahora un siglo en la colonización española, y a causa de La Guerra de los Siete Años (1756-1763) entre Inglaterra, por un lado, y, por otro, España y Francia, España tuvo que ceder a Inglaterra también la parte sur de La Gran Florida, como botín de guerra. Este tratado, nombrado «Tratado de París», se llevó a cabo en Versalles, en 1763. Pero esta

situación no quedaría así por mucho tiempo, porque, como veremos en el siguiente ensayo, 20 años más tarde don Bernardo Gálvez recuperará de nuevo la Provincia de La Gran Florida para España, por medio del «Segundo Tratado de París», de 1783.

- VII -

Don Bernardo Gálvez: Marcha marcial para reconquistar Mobile

En este ensayo expondremos sucintamente la marcha y batalla marciales llevadas a cabo en la reconquista de Mobile por el ejército del gobernador de La Luisiana, don Bernardo de Gálvez. Después de describir brevemente la estrategia militar, exponemos por qué España y el Virreinato mexicano tenían interés en recuperar ese puerto, fuerte y sus territorios aledaños, fundamentados en unos trescientos años de presencia hispana.

Como habíamos expuesto ya en el ensayo anterior los primeros encuentros militares en Panure, Natchez, Manchack y Baton Rouge -todos ellos en La Luisiana- habían dado como saldo unos 600 soldados ingleses prisioneros, ocho barcos enemigos, la dominación española de todo el sur de la cuenca del Misisipí, la expulsión de los ingleses de esos territorios y la imposibilidad de que éstos pudieran atacar desde el Canadá. Ya don Bernardo preveía que esta estrategia obligaría a los ingleses a tener que concentrarse en el sur y suroeste de La Florida. Pero, para este nuevo y «segundo frente», ya estaba él preparado. Así que los dos fuertes más importantes de los ingleses ahora serían Mobile y Pensacola. Hacia ellos se dirigiría ofensivamente él y sus tropas. Contaba don Bernardo ahora con 34 años de edad.

En sección anterior habíamos discontinuado la serie de marchas militares que hubiera emprendido el nuevo gobernador don Bernardo de Gálvez contra los ingleses para recuperar La Gran Florida. El motivo de esta interrupción había sido para presentar al lector las razones por las cuales don Bernardo, a instancias del rey de España y del virrey de México, se encaminaba marcialmente desde Nueva Orleáns hacia el oeste floridano: la recuperación de ese territorio que, como botín de la Guerra de los Siete Años, España tuvo que entregar a Inglaterra en 1763, año en que se firmó el Tratado de París.

Habiendo ya capturado Natchez, Panure, Manchack y Baton Rouge de mano de los ingleses, don Bernardo emprende de nuevo la marcha hacia Mobile, perteneciente hoy día a Alabama y, después hacia Pensacola, ubicada en la parte occidental del presente estado de La Florida.

Ocho meses después de la batalla de Baton Rouge, o sea, en agosto de 1780, don Bernardo, después de una travesía difícil en donde el barco que llevaba el parque y alimentos se fue a pique, y a pesar de ello, llega a

Mobile. Usando la misma estrategia que había empleado en Baton Rouge, decide abrir trincheras alrededor del fuerte inglés en ese poblado.

Concluidas las trincheras y ocupando durante la noche varios puestos estratégicos, sus soldados atacaron. Duraron el ataque y el sitio cuatro días. Defendían el fuerte inglés 300 soldados. Después de los cuatro días, la fuerza inglesa se rindió. Cayeron prisioneros los 300 soldados que ocupaban el fuerte, un cañón grande y ocho morteros. Esto ocurrió el 14 de octubre de 1780. La bandera inglesa descendió y se izó la española.

A lo expuesto hay que añadir un incidente interesante. Desde Pensacola, el general inglés Campbell, al haber oído del naufragio de uno de los barcos de Gálvez, dejó unos 300 hombres guardando Pensacola y, con un ejercido de 1100, se lanzó por tierra hacia Mobile para ayudar a la defensa de ese fuerte y poner fin de una vez por todas al peligro de la intervención española. Además, el general Campbell gozaba de dos ventajas: primero, que contaba con un fuerte y, segunda, que iba por tierra, mientras que la fuerza española, desposeída de parque y de víveres suficientes, se desplazaba mayormente por mar.

Cuál fue la sorpresa del general inglés al ver que los españoles no se amedrentaron ante la superioridad militar inglesa. Así pasaron ocho días de preparativos y refriega. Atrincherados ya los españoles, atacaron el fuerte y, Campbell, estupefacto, decidió retirar sus soldados y volverse a Pensacola. En la huida, los españoles le atacaron por la retaguardia tomando presos a 20 soldados y a su capitán.

Concluida la pelea y toma de Mobile, Gálvez con sus soldados se volvieron a Nueva Orleans. Otro capítulo quedaba escrito en la cadena de victorias contra el poder inglés. Pero, la batalla definitiva quedaba todavía por delante: capturar Pensacola, el fuerte más importante que los ingleses tenían en La Florida Occidental, al mando del cual regía el mismo general Campbell. Esto ocurriría unos dos meses más tarde. La marcha militar hacia Pensacola será, pues, el tema que nos ocupará en el siguiente ensayo.

Al llegar a este punto, y antes de pasar a la siguiente marcha militar sobre Pensacola, quisiéramos hacer otra pausa. Muy poca gente está enterada de que Mobile, hoy en el estado de Alabama, en tiempos pretéritos, y por el espacio de unos trescientos años, aunque intermitentemente, fue una de las más valiosas posesiones de la Corona española y del Virreinato mexicano. Por eso la importancia de recuperarla ahora (1780) de mano de los ingleses, debido a la Guerra de los Siete Años (1763).

Trazando un breve bosquejo histórico nos encontramos con los siguientes hechos, entre otros muchos que se podrían traer a colación. En 1519 Álvarez de Pineda, enviado por el gobernador de Jamaica, don Francisco de Garay, salió con cuatro barcos y ancló en la bahía de Mobile. Tanto a ese trozo de costa como al río los bautizaron con el nombre de Santo Espíritu. Pineda hizo un mapa de la región que sería muy valioso para los subsiguientes exploradores.

Más tarde, en 1528, Cabeza de Vaca se encontró brevemente con los indios de esa región y, en 1540, la embarcación del Capitán Maldonado, subalterno de don Hernando de Soto, exploró la misma región. No podríamos pasar por alto en esta misma exposición el incidente histórico legendario que nos cuenta la supuesta presencia de doña Isabel de Soto, esposa de don

Hernando, en esta región, en particular en la isla que hoy lleva por nombre Dauphin Island.

Se narra en esta leyenda histórica que, estando a punto de salir de La Habana la embarcación de Hernando de Soto, capitaneada por Maldonado, éste y el resto de la tripulación, se encontraron a bordo con doña Isabel y varias de sus damas que, sin permiso de don Hernando de Soto, su esposo, se habían metido de incógnito en la embarcación. No pudiendo hacer nada ante este hecho tan insólito para esos tiempos, Maldonado da órdenes de zarpar. Llegados a la Bahía Mobile, en la isla Dauphin, doña Isabel da órdenes de plantar inmediatamente las semillas que ella traía, y hacer un jardín y una huerta.

Así transcurrió ese verano de 1540. Otra embarcación enviada por de Soto ordenaba que regresaran todos a La Habana, pues el invierno se avecinaba y las relaciones que con los indios de la región tenían no eran muy buenas. Doña Isabel contradijo esa orden y la tripulación se quedó en esa región hasta el verano siguiente. Sólo cuando llegaron noticias de la muerte de su esposo, don Hernando de Soto, doña Isabel dio órdenes de zarpar, dejando su próspera huerta -y en ella enterradas sus joyas-, para volverse a Cuba.

Unos veinte años después (1558) el rey Felipe II dio órdenes de colonizar la costa norte del Golfo de México. Guido de Bazares fue el encargado de comenzar la expedición con el intento de, más tarde, llevar a cabo dicha colonización. Con tres barcos y sesenta hombres salió de Veracruz.

Llegados a la Bahía de Mobile la volvieron a bautizar, pero ahora con el nombre de La Filipina, en honor a Felipe II. Como su misión era más bien la de una nueva exploración, se volvieron todos, aconsejando que de inmediato se procediera al establecimiento de una colonia en ese lugar.

Le siguió un año más tarde, y debido a dichas recomendaciones, la expedición de don Tristán de Luna que, aunque numerosa y bien repleta, después de tocar Mobile y Pensacola, tuvo un fin desastroso, debido a las tempestades y huracanes.

Pasará casi siglo y medio sin ninguna actividad notable en esta región.

Pero en 1700 llegaron los franceses a Mobile. Establecieron una colonia río arriba. España, empero, defendió su territorio. Como resultado de las rencillas, acordaron los dos países dividir dicha región. Más tarde, en 1763, y por medio del Tratado de París, todo ese territorio, incluyendo la bahía, pasó a manos de los ingleses. Éste es el momento (1780) en que don Bernardo de Gálvez entra en batalla para recobrar Mobile para España y el Virreinato de México, como quedó ya expuesto.

- VIII -

Don Bernardo de Gálvez: preparativos para el asalto a Pensacola

En el ensayo anterior habíamos descrito la toma de Mobile por el pequeño

ejército de don Bernardo de Gálvez, gobernador de La Luisiana. En el presente escrito expondremos los preparativos complicados y difíciles que don Bernardo tuvo que hacer para el asalto, último en la cadena de marchas militares, de Pensacola, Florida.

Pensacola era para los ingleses, como antes había sido para los españoles, el lugar más estratégico para el control de la parte norte del Golfo de México. Con la pérdida de Mobile (Alabama), los ingleses tuvieron que refugiarse y fortalecer Pensacola, que ese entonces estaba a cargo del general inglés John Campbell.

Se sabe que tanto los españoles como los ingleses, tenían numerosos grupos guerreros de indios, en su mayor parte mercenarios. Después de la caída de Mobile, don Bernardo tuvo un intercambio de correspondencia con el general Campbell. En una de sus cartas Gálvez se expresa de esta manera ante el general inglés: «Los indios que apoyan la causa inglesa creen que desempeñan un gran servicio arrasando y matando a los habitantes de mi nación. Los indios que apoyan nuestra causa también creen que nos ayudan cometiendo los mismos actos de crueldad contra los sujetos a cargo de su monarca. Puesto que las batallas entre nosotros se deben fundamentalmente en un sentido de deber y no de odio, encarezco a Vuestra Excelencia se una a mí en un acuerdo que nos proteja contra una horrible crítica histórica antihumanística».

Como parte de los planes estratégicos, don Bernardo había enviado a Pensacola con dos años de antelación (1778), y en calidad de misión oficial, al capitán Jacinto Panis. El general inglés Peter Chester, Comandante en Jefe y Vicealmirante de toda La Florida occidental, lo recibió con los honores debidos. En realidad, el capitán Panis iba como emisario para estudiar la situación de Pensacola, en particular la estrategia militar inglesa para después comunicársela a don Bernardo. Los informes traídos por el capitán Panis fueron de un valor incalculable para el próximo ataque de los españoles.

La recuperación de Pensacola de manos de los ingleses sería/era tan importante para España y México que pronto cundió la noticia por todo el Imperio. Por todas partes surgieron ofertas y ayuda. Muchos jóvenes españoles formaban cola en los muelles esperando turno para venirse de soldados. Las impuestas o rentas destinadas para concluir la construcción de las torres de la catedral de Málaga, de donde era oriundo don Bernardo de Gálvez y su ilustre familia, fueron destinadas a la reconquista de Pensacola. Las misiones de California, bajo la iniciativa del famoso misionero fray Junípero Serra, enviaron un peso por cada fiel y neófito con el mismo fin de recaudar fondos para dicha empresa.

Los Comités de Mujeres de La Habana daban y vendían joyas igualmente para dicho proyecto. Grandes cantidades de fondos privados (1200000 solamente de Cuba) se destinaron para incrementar el ejército al comando del almirante francés De Grasse, que ayudaría indirectamente a don Bernardo de Gálvez. De los Virreinos de México, Perú, Buenos Aires e, incluso, de las Filipinas, hubo movilización de recursos para ayudar a la empresa del Gobernador de La Luisiana.

Mientras toda esta amplia ayuda y movilización se llevaba a cabo, don

Bernardo se ocupaba de convencer a la Capitanía General de Cuba y al Alto Comando de Guerra de esa isla de la necesidad inminente de que prestaran ayuda en forma de soldados y de barcos. Grandes dificultades se le presentaron al joven militar y gobernador don Bernardo. El primer obstáculo con que se encontró/enfrentó fue de naturaleza estratégica. Don Bernardo creía que el asalto a Pensacola debería hacerse por mar, y que, para ello, se necesitaría una flota bien provista. El ministro de la fuerza naval, don Miguel de Goicoechea, insistía ante el Consejo de la Habana, que el ataque debería realizarse por tierra. Este forcejeo entre ambas posturas estratégicas consumió mucho tiempo.

Ante este impasse, don Bernardo de Gálvez, con argumentos de una lúcida retórica, habló ante el Consejo de Guerra de La Habana apoyando su estrategia y en contra de la de don Miguel de Goicoechea, de la siguiente forma: «El proyecto que usted propone de atacar a Pensacola por tierra a lo largo del Río Perdido es impracticable. Ojalá Dios quisiera que su plan fuera tan fácil como usted propone, pero desafortunadamente hay una gran diferencia entre su descripción y la realidad».

En vista de estas diferencias y de la dilación que esto conllevaba para el asalto, Gálvez decidió ir personalmente a La Habana y presentar sus planes al Alto Mando del Ministerio de Guerra. Aquí, en su segunda tentativa de oratoria militar don Bernardo fue capaz de convencer al Gobernador de Cuba, don Diego Navarro, y al Comandante General Navia. Se le autorizó, por fin, que, bajo sus órdenes, se le entregaran 3800 soldados y provisiones de todas clases suficientes para un período de seis meses.

México, por su parte, le otorgó otros 2000 soldados. Puerto Rico y Santo Domingo, aunque en menor cuantía, enviaban también refuerzos.

Después de las dificultades someramente expuestas, el 16 de octubre de 1780 -dos meses después de la captura de Mobile- la impresionante flota, bajo el comando de don Bernardo de Gálvez, se disponía a levantar ancla y dirigirse al continente norteamericano para el ataque y la toma de Pensacola. Las campanas de las iglesias de La Habana comenzaron a doblar en toda la ciudad, y las oraciones de los fieles se oían bajo sus naves.

Había llegado el momento de zarpar. Sale la flota del puerto de La Habana y, a los dos días de navegación, una tremenda tempestad azota a la embarcación, diseminando los barcos por doquiera. Algunos fueron a dar a Mobile, otros a Nueva Orleans e, incluso, algunos hasta Campeche, en la península de Yucatán. Ante este desastre marítimo se creería que don Bernardo se desanimaría y abandonaría definitivamente sus planes para la toma de Pensacola. Pero no fue así, como veremos en el siguiente ensayo. Para concluir, y como incidente parentético, quisiéramos añadir que, con la noticia de este desastre naval, el general inglés John Campbell de órdenes de que el coronel Van Hayleden, saliendo de Pensacola, atacara a Mobile que, dos meses antes, había sido recuperado por los españoles. El coronel Van Hayleden llevaría 160 soldados de los regimientos de Waldeck, 250 de los regimientos de Pennsylvania y Maryland y 300 indios aliados. En total, 710 soldados. Llegados a Mobile, el 7 de enero de 1781 ponen sitio a Mobile y lo atacan durante la noche. El joven lugarteniente Ramón Castro, con un número de soldados bastante inferior al de los ingleses, fue capaz de rechazar el ataque enemigo. El saldo final fue que el propio coronel Waldeck que dirigía la tropa inglesa cayó muerto. Con él murieron

también el sargento mayor, un ayudante suyo, el capitán granadero y 16 soldados más. La expedición inglesa, al verse perdido, se retira sin poder recuperar Mobile.

- IX -

Don Bernardo Gálvez: el asalto a Pensacola

En la relación anterior habíamos examinado el primer intento serio del asalto militar español para recuperar Pensacola de manos de los ingleses. Habíamos indicado las dificultades que don Bernardo había tenido para convencer al Alto Comando de Cuba para que le apoyaran en dicho cometido. También habíamos expuesto el final trágico de dicha armada naval a causa de las tremendas tempestades que, durante cinco días, habían azotado a la flota marina.

Se esperaría que don Bernardo Gálvez se desanimara ante tan desastroso suceso. Pero, no, volvió a Cuba y se enfrentó al Consejo de Guerra y a otras entidades político-administrativas para que, de nuevo, le apoyaran en dicha empresa. Transcribimos sólo, parafraseándolo, un pasaje del largo discurso que don Bernardo pronunció ante dicho Consejo de Guerra en La Habana, para que el lector se dé cuenta del temple de este joven gobernador y capitán de La Luisiana:

Los ingleses que se dirigían a Charleston fueron sorprendidos por una fuerte tempestad, a causa de la cual sus barcos fueron diseminados hasta tal punto que algunos fueron arrastrados hasta casi Inglaterra. Ésto es lo que, más o menos, nos ocurrió a nosotros. Pero los ingleses no se desanimaron. Se volvieron a organizar y atacaron a Charleston, obteniendo los resultados afortunados que todos conocemos. ¿Es que nosotros no somos capaces de cosa semejante? ¿Ha desaparecido la virtud militar que tanto nos caracterizó atacando a nuestros enemigos? ¿Somos tan pusilánimes e inconstantes que una simple tempestad tropical nos amilana en nuestra gloriosa empresa? Ésto es lo que pensarán los ingleses de nosotros, derrotados por un simple contratiempo, a no ser que nos mantenga un propósito de mucha mayor importancia...

Este discurso fue pronunciado un mes después del desastre ya descrito, de octubre 16 a noviembre 20 de 1780. Don Bernardo fue capaz de convencer nuevamente al Consejo de Guerra, del cual recibió nuevamente el apoyo necesario. Pasarían, sin embargo, tres meses hasta que la flota estuviera lista. Esta numerosa flota llevaría a 1300 soldados procedentes de varios

regimientos. Llegado el 13 de febrero de 1781, don Bernardo, encabezando a la armada, se dio a la mar. Uno puede imaginarse cómo don Bernardo, a pesar de que todavía se encontraba convaleciente de serias hemorragias a causa de sus anteriores campañas militares, iría repasando en su mente el desastre naval ocurrido unos cuatro meses antes, recordando volver a la costa norte del Golfo de México que le traía tantos recuerdos y, sobre todo, el objetivo principal de su misión: atacar, vencer y recobrar Pensacola para la Corona española y el Virreinato mexicano. Pasados nueve días de navegación, don Bernardo, que iba a la cabeza de la flamante flota, divisó a lo lejos la isla de Santa Rosa, aledaña a Pensacola. Él, con unos cuantos más, desembarcaron en el Puerto Sigüenza. Al amanecer, atacaron y cogieron prisioneros a siete soldados ingleses. Al darse cuenta los otros ingleses, desde dos fragatas ancladas en el puerto, abrieron fuego contra los españoles. Don Bernardo dio orden de contraataque, forzando a las dos fragatas inglesas a emprender la fuga. Una vez ejecutado este pequeño primer encuentro, don Bernardo dio órdenes para cruzar el estrecho que divide la isla de la tierra firme. Pero el barco abanderado «San Ramón» se hundió parcialmente. Durante toda esa noche lo sacaron a la superficie, pero don Bernardo recomendó al jefe de la escuadra, Calvo de Irázabal, para evitar otro hundimiento posible del «San Ramón», que el resto de la armada procediera, dejando atrás al barco abanderado «San Ramón».

Esta orden casi causa un serio motín, porque Calvo de Irázabal se negó a obedecer, y varios oficiales se resistieron también. Ante esta situación seria, don Bernardo decide entrar con dos barcos solamente, el «Valenzuela» y el «Galveztown» que, como venían de La Luisiana, estaban directamente bajo su comando. El resto de la embarcación se quedó detrás. Pero, al ver la audacia del joven gobernador y capitán, mientras los ingleses lo acibillaban por todas partes, el resto de la flota lentamente le fue siguiendo. Calvo Irázabal, que, como se dijo, se había quedado atrás con el «San Ramón», acusó a Gálvez de traidor. Éste, no haciendo caso de tal acusación, y para más ignominia de Calvo de Irázabal, iza la bandera de Almirante, recibiendo con ello aplausos del resto de la embarcación.

Sin embargo, una vez pasados el estrecho, los oficiales que habían estado bajo el comando de Calvo de Irázabal, se enfrentaron a don Bernardo echándole en la cara que él no tenía autoridad para izar la bandera de Almirante, pues de este modo insultaba los derechos de la Fuerza Naval. Don Bernardo, recordándoles que él era el jefe supremo de toda la armada, les indicó que él tenía dicha autoridad y les corrigió severamente su actitud. La fragata «San Ramón», que había quedado rezagada, capitaneada por Calvo de Irázabal, se volvió solitariamente a Cuba.

Ya asentada toda la flota en la bahía, y antes de comenzar el ataque, don Bernardo de Gálvez permanece a la espera de refuerzos de Mobile y de Nueva Orleans. Para ello ya con anterioridad había dado órdenes a Ezpeleta y a Pedro Piernas, respectivamente. No tardaron en llegar estos refuerzos. A ellos también se les unió otro grupo de 500 hombres bajo el comando de Rada, que procedían también de Mobile.

Mientras don Bernardo esperaba estos refuerzos, mantuvo constante correspondencia con el general inglés John Campbell, por medio de la cual

se habían puesto de acuerdo que, durante la inminente contienda, ambos bandos respetarían a la población civil y se abstendrían de quemar edificios públicos. Pero cuál fue su indignación al ver que, mientras llevaban a cabo esta correspondencia, y ante los ojos del propio don Bernardo, el general Campbell ponía fuego a dichos edificios. Por medio del mensajero inglés, que en ese momento se encontraba en campo español, Gálvez le fulminó la siguiente carta, que parafraseamos brevemente:

Mientras nosotros estamos llegando a acuerdos de respetar los bienes civiles y las propiedades del pueblo de Pensacola, considero insultante que usted, ante mis propios ojos, esté poniendo fuego a esos edificios y casas. Esto indica claramente la mala fe que usted pone en sus palabras y escritos. A pesar de que usted usa repetidamente la palabra de «humanidad» en sus cartas, su corazón no siente esta palabra. Yo estoy sumamente indignado contra mi propia credulidad y contra la hipócrita actitud con que usted trata de engañarme. En vista de esto, yo no aceptaré ninguna otra proposición por parte de usted, excepto la de su propia rendición.

Llegados los refuerzos esperados de Mobile y de Nueva Orleáns, don Bernardo se dispone al ataque. En este preciso momento cuál fue la exuberante alegría de toda la flota cuando a lo lejos divisaron una escuadra de veinte barcos que llegaba de Cádiz dirigida por la crema de la marina española.

Era el 19 de abril de 1781. Habían transcurrido ya dos meses desde que la flota había salido del puerto de La Habana. Todo estaba dispuesto para el asalto a Pensacola. Don Bernardo contaba ahora con más de 7000 soldados. Durante tres semanas habían puesto cerco a Pensacola. La estrategia de don Bernardo había sido la misma de antes: excavar trincheras en lugares estratégicos para protección de sus soldados y de las baterías armamentales. Pasadas las tres semanas, el día 8 de mayo hizo fuego el primer cañonazo al almacén de pólvora inglés, causando tal explosión que, en el acto, murieron cerca de cien soldados ingleses. Acto seguido, bajo la orden del capitán Cajigal los cañones de las fragatas dispararon sobre la fortaleza enemiga. Los lugartenientes Ezpeleta y Girón lanzaron pequeños escuadrones para continuar el éxito obtenido ya por la artillería. En este momento, don Bernardo da orden de ataque masivo. La lucha feroz de cuerpo a cuerpo fue tal que el general inglés mismo, John Campbell, se vio obligado a levantar la bandera blanca anunciando la rendición de Pensacola.

El General envía una misiva a don Bernardo en los siguientes términos: «Para evitar más derramamiento de sangre, le propongo a Vuestra Excelencia un cese de hostilidades y la firma de un documento honorable para las tropas a mi comando y para la protección y seguridad de la población civil». Al día siguiente, 9 de mayo, tanto el general Campbell como el gobernador general de La Florida occidental, Peter Chester, firmaron el documento de capitulación, entregando a don Bernardo no sólo Pensacola, sino todos los fuertes al norte del Golfo de México, excluyendo por el momento San Agustín y la isla de Jamaica. También se garantizaron los

honoros militares concedidos a las tropas inglesas vencidas y el consiguiente salvoconducto de regreso a Inglaterra. En el mismo documento se garantizaban los derechos a la población civil, a las familias y a sus bienes personales.

Al día siguiente, 10 de mayo, en una ceremonia militar, los diversos regimientos ingleses depusieron sus armas y bajaron sus banderas. Acto seguido, se izó la bandera española y dos compañías tomaron posesión de Fort George. Los soldados prisioneros subieron a más de 1000, sin contar los soldados mercenarios negros e indios. La cantidad de armamento capturado fue enorme. Las bajas por parte del ejército de don Bernardo no llegaron a los cien soldados muertos. La preparación del ataque y el asalto final duraron en total dos meses.

Unas semanas después, los primeros ingleses fueron puestos en barcos españoles, unos hacia La Habana y otros hacia Nueva York, con destino a Inglaterra. Don Bernardo puso de Gobernador General de La Florida al comandante Arturo O'Neill y, entre otras cosas, se aprovechó para firmar acuerdos y tratados con las diversas tribus de indios de la región que permanecieron en paz mientras duró la presencia hispana en el norte del Golfo de México.

A consecuencia de esta victoria, las campanas se echaron a vuelo en Nueva Orleans, en La Habana, en México y en Madrid. Pero quizás la mayor alegría haya sido la del general George Washington y la de sus cansadas tropas en la pelea contra la presencia inglesa en Norte América hacia su Independencia. Esta última victoria de don Bernardo tenía un significado trascendental, no sólo para el Imperio español, sino para las colonias de la Nueva Inglaterra, pues la presencia del Imperio inglés en Norteamérica quedaba eliminada para siempre.

- X -

Don Bernardo de Gálvez: últimos nombramientos e inesperada muerte

Como habíamos expuesto en el ensayo anterior, con la victoria de don Bernardo de Gálvez en Pensacola (mayo 9, 1781) la presencia de los ingleses en Norteamérica quedaba definitivamente eliminada.

Dos propósitos se llevaron a cabo con esta victoria: en primer lugar, España y México recobraban La Gran Florida de manos de los ingleses y, en segundo lugar, el nuevo país, limitado entonces a las colonias de la Nueva Inglaterra, quedaría libre del colonialismo inglés, y en vías de formarse en una poderosa nación. La Corte española, bajo el rey Carlos III, y don Bernardo como líder plenipotenciario en todo el Sureste norteamericano, prestaron una ayuda inconmensurable, tanto política como económica, a la Independencia Norteamericana.

Con la última victoria de las tropas de don Bernardo sobre los ingleses en Pensacola, la vida profesional y personal de este joven capitán general y

gobernador cambiaría radicalmente. Tres meses después (febrero de 1782) de la dicha victoria (noviembre de 1781), don Bernardo recibía órdenes del rey Carlos III para que con 10000 soldados se presentara en Cuba y, con el general español don Victorio de Navia y el almirante francés De Grasse, atacaran a los últimos destacamentos marítimos ingleses, que todavía tenían en el Golfo de México: Providence y Jamaica.

Don Bernardo de Gálvez llega a Santo Domingo con sus 10000 soldados en febrero de 1782, como le había ordenado el rey Carlos III. Pero cuál fue su desilusión al enterarse de que los 34 barcos que navegaban bajo las órdenes del almirante francés habían sido dispersados en alta mar por la flota inglesa compuesta de 40 barcos. Don Bernardo tendría que esperar ahora refuerzos de Europa para emprender el ataque contra los ingleses en Jamaica.

No fue necesario después de todo este refuerzo, pues unos diez meses más tarde, el 20 de enero de 1783, se llevó a cabo el Tratado de París, por medio del cual se firmaba la paz entre Londres, por un lado, y Madrid y París, por otro. Por medio de este Tratado, Inglaterra reconocía la independencia de Estados Unidos y también el derecho de España a La Gran Florida.

Firmado ya el Tratado de París, la presencia de don Bernardo de Gálvez en las Américas parecería innecesaria. Pero, no fue así, como se verá a continuación. Por el momento, y después de firmado el mencionado Tratado, don Bernardo se encuentra en Guarico, Santo Domingo. Allí le nace el único hijo que llevará por nombre Miguel, en reconocimiento a su tío Miguel, del cual ya hemos hablado en uno de los primeros ensayos. De Guarico partirá para España, para disfrutar de un merecido, aunque breve, descanso. Pero, al cabo de unos meses, y a la edad de 38 años, Carlos III lo nombra Gobernador de la Capitanía General de Cuba. Retorna de nuevo a las Américas en junio de 1784 para tomar posesión de su nuevo cargo.

Nuevos y graves problemas comienzan a surgir en el continente norteamericano, es decir, con el nuevo país a quien él había ayudado tanto económica y militarmente: Estados Unidos. A raíz del Tratado de París, por el cual las Colonias Norteamericanas de la Nueva Inglaterra recibían su independencia, surgieron litigios sobre demarcaciones territoriales. En particular sobre el derecho de navegación a lo largo y ancho del río Misisipí, territorio integrante de La Gran Luisiana. Estados Unidos se basaba, para su reclamo, en el Tratado de París, recientemente firmado, por medio del cual creía tener el derecho de navegación sin restricciones. España, por su lado, decía que tenía el derecho exclusivo a ambos lados de dicho río, por el derecho adquirido antes de firmar el Tratado. Durante este tiempo, el ministro de asuntos exteriores, don Diego de Gardoqui, se carteaba con don Bernardo de Gálvez pidiéndole consejo sobre tan delicada situación.

En un momento dado, don Bernardo, en una de sus cartas dirigidas al Ministro Gardoqui, le expuso claramente lo siguiente: que debía recordarle a Estados Unidos que «el único derecho que ellos tienen sobre el río Misisipí es el derecho [obligación] de gratitud a España, no de usurpación. Si el nuevo país [Estados Unidos], contra toda razón y sentido común, decidiera amenazarnos, habrá que ignorarlos, pues [...] nosotros no le temeremos, sabiendo que tenemos suficientes tropas y la amistad de

muchas tribus indias que odian a los norteamericanos y que tienen suficiente conocimiento en la guerra de guerrillas».

Este evento histórico es de suma importancia, a causa de su futura trascendencia. Quizás don Bernardo de Gálvez, todavía imbuido en sus múltiples y sucesivos éxitos militares, diplomáticos y administrativos, y a causa de su juventud exuberante (38 años de edad), no percibiera el origen o semilla de El Destino Manifiesto que comenzaba a aflorar en la actitud y espíritu del naciente país. Sin embargo, el experimentado diplomático español, el Conde de Aranda, consejero personal del rey Carlos III, profetizó al monarca español -precisamente el mismo año de 1783- lo que llegaría a ser este naciente imperio norteamericano, aunque todavía en ciernes.

Se expresó el consejero del rey, Conde de Aranda, en los siguientes términos: «Esta Nueva República [EE. UU.] nació como un pigmeo, necesitando de la ayuda de España y de Francia para alcanzar su independencia. Vendrá un día muy cercano en el que crecerá como un gigante. En ese momento se olvidará de los beneficios recibidos de ambos países y pensará sólo en su propio engrandecimiento. El primer paso de este nuevo país, una vez obtenida su independencia, será el de apoderarse de las dos Floridas [oriental y occidental]. Más tarde aspirará a conquistar toda La Nueva España [Oeste y México]». Esta profecía del Conde de Aranda se llevó a cabo con toda exactitud entre unos 50 y 100 años más tarde: cuando México perdió lo que es hoy el suroeste norteamericano (1848) y cuando España perdió Cuba y Puerto Rico (1898).

Recogiendo la hebra de nuestra exposición, añadiremos ahora que el nombramiento de don Bernardo de Gálvez como Gobernador de la Capitanía General de Cuba no duraría mucho tiempo tampoco porque, tres meses después de ser nombrado Gobernador (septiembre de 1784), precisamente a la muerte de su padre don Matías Gálvez, será nombrado por Carlos III como Virrey de México, reemplazando en el cargo a su padre.

Caería fuera de nuestro ámbito y propósito exponer aquí detalladamente la actividad administrativa de don Bernardo de Gálvez en su nuevo puesto de Virrey de México, pues lo que hemos intentado en estos ensayos fue traer a colación su acción multifacética dentro de los límites de lo que hoy es Estados Unidos de Norteamérica. Sin embargo, para que el lector pueda seguir un poco más su posterior paradero, presentaremos brevemente algunos hechos históricos y semblanzas personales para que, de este modo, se forme una idea más completa de la personalidad fascinadora y fascinante de este joven y, al final, malogrado personaje.

Poco tiempo duró don Bernardo de Gálvez como Virrey de México, pues a los dos años y dos meses, la muerte lo sorprendió a la temprana edad de cuarenta años. Ocurrió esto el 30 de noviembre de 1786 debido a una enfermedad, aunque breve, maligna. Fue enterrado al lado de su padre, don Matías de Gálvez, en el Convento de San Fernando. En vista de esto, no podrían esperarse de él grandes hazañas en tan breve tiempo. Además, para colmo de las circunstancias, en su primer año de Virrey una famina general, debido a unas terribles heladas, mató a más de 300000 ciudadanos. Los pueblos circunvecinos se venían en masa a la capital buscando amparo, pero solamente venían a caer en el corazón y centro de la miseria y de la muerte.

Don Bernardo, conocido ya por su generosidad y esfuerzo sobrehumano, distribuyó los fondos del virreinato entre los necesitados, gastó más de 12000 pesos de su propio patrimonio, heredado de su padre don Matías, y pidió préstamos con valor de 100000 a rédito para socorrer a tanto hambriento. Su mismo palacio virreinal lo convirtió en albergue para los necesitados. Él mismo en persona distribuía granos y alimentos para la gente, presionando al mismo tiempo a los mercaderes a que repartieran lo que tenían en favor de tantos desamparados.

Por otra parte, para remediar tanto desempleo, don Bernardo comenzó inmediatamente a crear fuentes de trabajo, sobre todo en el área de la construcción. Abrió nuevas carreteras, como la de La Piedad, la de San Antonio Abad y la de Vallejo. Se pavimentaron calles y se terminó la reconstrucción de la Catedral. También don Bernardo propuso al rey Carlos III terminar la reconstrucción del Palacio de Chapultepec, que su propio padre había comenzado. También dio órdenes de replantar rápidamente los campos, cuyas cosechas se habían perdido a causa de las heladas.

Podríamos enumerar otras actividades sociales que el joven Virrey llevó a cabo durante su breve cargo, pero preferimos presentar al lector su lado o aspecto jovial, por el cual adquirió una enorme popularidad entre los mexicanos. Según algunos cronistas, como Orozco, Valle Arizpe y otros, a don Bernardo «le gustaba verse bien, presentarse con elegancia y que lo vieran todos». «Gálvez era joven y muy galante... y su profesión de soldado lo había hecho abierto, franco y enérgico, ansioso siempre de actividad». «Su actitud galante, alegre y gentil atraía enormemente la benevolencia de las multitudes».

De don Bernardo se cuentan innumerables anécdotas, algunas de ellas convertidas ya en leyendas. Para comenzar, se dice que, durante las festividades de su inauguración como Virrey, hubo muchas corridas de toros, a las que él, como buen andaluz, era gran aficionado. Una vez, en lugar de aparecer en su butaca o palco de honor, salió del palacio en su carruaje de caballos bien enjaezados y a galope, tirando él mismo de las riendas y llevando a su lado a su joven esposa elegantemente vestida. La muchedumbre, que no esperaba esta escena, reventó en aplausos mientras él daba varias vueltas al ruedo. Durante la corrida, como respuesta a los saludos de los toreros, les tiraba doblones de oro envueltos en pañuelos.

Otra leyenda nos cuenta que, habiendo ido a revisar una obra pública en construcción, se percató de que, en la plaza había algunas mujeres indias sollozando. Don Bernardo se acercó a ellas para preguntarles la causa de su dolor. Una de ellas le mostró un envoltorio en donde se encontraba el cadáver de su esposo. Que la razón por la cual estaban allí era que el cura no quería darle sepelio, porque ellas no tenían dinero para pagar el estipendio estipulado. Don Bernardo mandó que trajeran al cura y éste, como disculpa, dijo que es que no había cantores para el ritual fúnebre. Don Bernardo le contestó que ese no era un problema insoluble, pues él mismo con algunos albañiles fungirían de coro. De acuerdo a un cronista, se nos narra que «Don Bernardo, con su voz sonora, fuerte y clara, cantó los responsos, haciendo un hermoso eco en la sonora nave de la iglesia».

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

